



ENRIQUE GRAUE WIECHERS
Rector

LEONARDO LOMELÍ VANEGAS
Secretario General

GUADALUPE VALENCIA GARCÍA
Coordinadora de Humanidades

MALENA MIJARES
*Directora General de Divulgación
de las Humanidades*

DIEGO GARCÍA DEL GÁLLEGO
*Coordinador
del Programa Editorial*

Encuentros2050

MARÍA ALEJANDRA ORDÓÑEZ CRUICKSHANK
Jefa de redacción y Editora responsable

JONATHAN LÓPEZ ROMO
Responsable del sitio web encuentros2050.wordpress.com

NÚMERO 37, ENERO DE 2020

ROGELIO RANGEL
Diseño gráfico

PABLO RULFO
Coordinador de ilustradores

*Alumnos de servicio social
de la Facultad de Artes y Diseño*

ADHARA MIGUEL
Ilustraciones Viaje

JOANNA MONTSERRAT MANCERA
Ilustraciones Exploración

GABRIEL GUZMÁN ROMERO
Ilustraciones Descubrimiento

ENCUENTROS2050

\$30.00

Encuentros2050, Año 4, Número 37 (Enero 2020) es una publicación mensual, editada por la Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, Ciudad de México, C.P. 04510, a través de la Coordinación de Humanidades, Presidente Carranza 162, Col. Villa Coyoacán, Alcaldía Coyoacán, Ciudad de México, C.P. 04000, teléfono: 5554-5579 y 5554-8513 ext. 128. correo electrónico: revistaencuentros2050@gmail.com, Editor responsable: María Alejandra Ordóñez Cruickshank. Certificado de Reserva de Derechos al uso Exclusivo No. 04-2017-021412463800-102, otorgado por el Instituto Nacional del Derecho de Autor, Certificado de Licitud de Título y Contenido No. 16972, otorgado por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación, impresa por Litográfica Ingramex, S.A. de C.V., Centeno 195, Col. Granjas Esmeralda, C.P. 09819, Alcaldía Iztapalapa, Ciudad de México, este número se terminó de imprimir el día 27 de diciembre de 2019, con un tiraje de 2000 ejemplares, impresión tipo offset, con papel bond de 120 gramos para los interiores y cartulina sulfatada de 250 gramos para los forros. El contenido de los artículos es responsabilidad de los autores y no refleja el punto de vista de la UNAM. Se autoriza la reproducción de los artículos (no así de las imágenes) con la condición de citar la fuente y de que se respeten los derechos de autor. Distribuida por la Coordinación de Humanidades, Presidente Carranza 162, Col. Villa Coyoacán, Alcaldía Coyoacán, Ciudad de México, C.P. 04000.

Cavafis en los versos de su famoso poema *Ítaca* plasmó con genial maestría la importancia que tiene el viaje como experiencia enriquecedora, que nos permite tomar distancia y apreciar el lugar que nos vio crecer. Este viaje no es sólo hacia el mundo exterior sino también al interior. En este sentido, el *Tristram Shandy*, de Laurence Sterne, trata sobre todo del viaje del narrador por su mundo interno equivalente al que emprende Sancho Panza y Don Quijote por España. Si hablamos de libros clásicos contemporáneos en torno al viaje, no podemos obviar *Las ciudades invisibles* de Calvino, “un último poema de amor a la ciudad”, como acertadamente lo llama Elena Trapanese en su artículo “Viajes y ciudades”. Así mismo, al evocar el concepto de descubrimiento, no podemos dejar de remitirnos a la aparición de América en el horizonte europeo. Muchas otras ideas nos arroja la tríada que compone este número: Viaje, Exploración y Descubrimiento, ideas aledañas a la guía, el *mapamundi*, la migración o la sorpresa, todas ellas tratadas en esta entrega, como es habitual, desde distintas perspectivas. Es quizá esta última, la sorpresa, la idea que más destaca de entre las otras, pues como apunta José Eduardo Fernández en su artículo intitulado “Breve historia del viaje, o cómo hacer que el viaje valga la pena”: “Éste forma parte de lo más ancestral y primitivo del ser humano”. Tal vez tengamos que admitir lo que Sterne escribió al llegar a Versalles, que al viajar somos juguetes de las circunstancias y, aunque aparente lo contrario, no disponemos de los acontecimientos. Nunca sabremos con exactitud qué es lo que vamos a descubrir, pero es un hecho que explorar es parte de nuestra naturaleza. MARÍA ORDÓÑEZ CRUICKSHANK



S U M A R

VIAJE

8

BREVE HISTORIA DEL VIAJE
O CÓMO HACER QUE EL
VIAJE VALGA LA PENA
JOSÉ EDUARDO FERNÁNDEZ

El texto explora lo que significa viajar y los diferentes tipos de viaje, tomando ejemplos concretos de la historia y la literatura.

12

ITINERARIOS DEL
JALISCIENCE JOAQUÍN
GÓMEZ VERGARA
LILIA VIEYRA SÁNCHEZ

Fruto de sus viajes, Joaquín Gómez Vergara, diplomático mexicano, recalcó la importancia que entrañaba la política exterior para propiciar el crecimiento de México.

15

VIAJES Y CIUDADES
ELENA TRAPANESE

A partir del libro *Las ciudades invisibles*, de Ítalo Calvino, Trapanese reflexiona acerca del viaje y los recuerdos que éste genera.



EXPLORACIÓN

20

EXPLORACIÓN, FULGORES Y MUERTES, SEGÚN PIGAFETTA

PABLO ESCALANTE GONZALBO

Antonio Pigafetta, sobreviviente de la expedición de Magallanes, relató la terrible travesía que sufrió junto a sus compañeros, a fin de conocer nuevas tierras.

22

MAPAS Y EXPLORACIÓN

JOSÉ ANTONIO RODRÍGUEZ-ESTEBAN

El artículo relata la importancia que han tenido los mapas en las exploraciones, así como los peligros que suponen cuando responden más a la imaginación del cartógrafo que a la realidad.

24

EL CIELO COMO GUÍA EN LA EXPLORACIÓN DEL MAR OCÉANO EN EL SIGLO XVI

JESÚS GALINDO TREJO

Galindo aborda al personaje histórico Don Antonio de Mendoza, primer virrey de la Nueva España, hombre culto no sólo versado en la política, sino también estudioso de los cielos.

I

O

GANADORES DEL CONCURSO
UNA MIRADA ARTÍSTICA:
"DEL MIEDO A LA ESPERANZA" 2019.
DEMIAN ERNESTO PAVÓN HERNÁNDEZ P. 36
LESLIE LIZET HERNÁNDEZ CONDE P. 39

DESCUBRIMIENTO

28

¿PARA CUÁNDO EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA?

SOFÍA REDING BLASE

A partir de los viajes de Colón al nuevo mundo, la autora se pregunta acerca del significado de la palabra descubrir, para finalmente cuestionar la manera en la que ha sido aplicada en América.

31

DESCUBRIR EN ARQUEOLOGÍA

JUAN BLÁNQUEZ PÉREZ

Desde su experiencia como arqueólogo, Blánquez diserta sobre lo que significa hacer un descubrimiento tanto en su rama de experiencia como en la Academia.

34

VIAJAR, DESCUBRIR Y EXPLORAR. EXPERIENCIAS ENRIQUECEDORAS

HORACIO CERUTTI-GULDBERG

Por medio de diferentes ejemplos, el autor muestra por qué viajar resulta de vital importancia para conocer otras culturas y descubrir nuevas maneras de convivir y transformar nuestra sociedad.





VIAJE



BREVE HISTORIA DEL VIAJE

O cómo hacer que el viaje valga la pena

JOSÉ EDUARDO FERNÁNDEZ



Viajar es desplazarse de un lugar a otro por algún motivo determinado, por necesidad, por razones comerciales, de exploración, por placer o turismo. El viaje ha sido siempre un tópico literario que sirve para entretener, contar aventuras y despertar la imaginación a través de historias reales o ficticias.

El viaje forma parte de lo más ancestral y primitivo del ser humano. Ya desde los primeros tiempos, los pueblos se desplazaban en migraciones tribales en busca de alimentos. El viaje exige provisionalidad y desprendimiento de lo innecesario, pero el hombre necesita de la historia para mantener la identidad a lo largo de las generaciones, por eso, el listón o estaca en el que se asentaba la tienda era lo único permanente y servía para escribir en él y mantener indelebles los recuerdos y tradiciones de la tribu. Con el primer sedentarismo entre el Tigris y el Éufrates en torno al tercer milenio antes de Cristo, nacieron las ciudades, la agricultura y la ganadería. A partir de ese momento el viaje se convirtió en algo extraordinario, maravilloso, capaz de romper la rutina y las normas establecidas, pero quizá por eso, también un peligro misterioso, desconocido.

La búsqueda de nuevos recursos, o la huida de peligros y amenazas como la guerra, el hambre, la plaga o los desastres naturales siguieron provocando el desplazamiento de pueblos enteros, de familias o de individuos aislados. Por ejemplo, el éxodo del pueblo judío a través del desierto por más de cuarenta años bajo la dirección de Moisés, según el relato bíblico, para huir de la esclavitud impuesta por los egipcios. Otros movimientos migratorios explican la desaparición de civilizaciones enteras. Teotihuacán sigue sorprendiendo por el misterio que encierran las magníficas ruinas abandonadas por un pueblo que decidió emprender un viaje en busca de unas mejores condiciones. Toda ruina indica un abandono, una huida y un viaje. Pero no hace falta remontarse a la antigüedad para reconocer este tipo de viaje penoso y dramático; en la edad moderna con la llegada de la revolución industrial se produjeron desplazamientos masivos de Europa a América en busca de una vida mejor. Algo que sigue ocurriendo hoy con los migrantes que llegan a Europa o EE.UU.

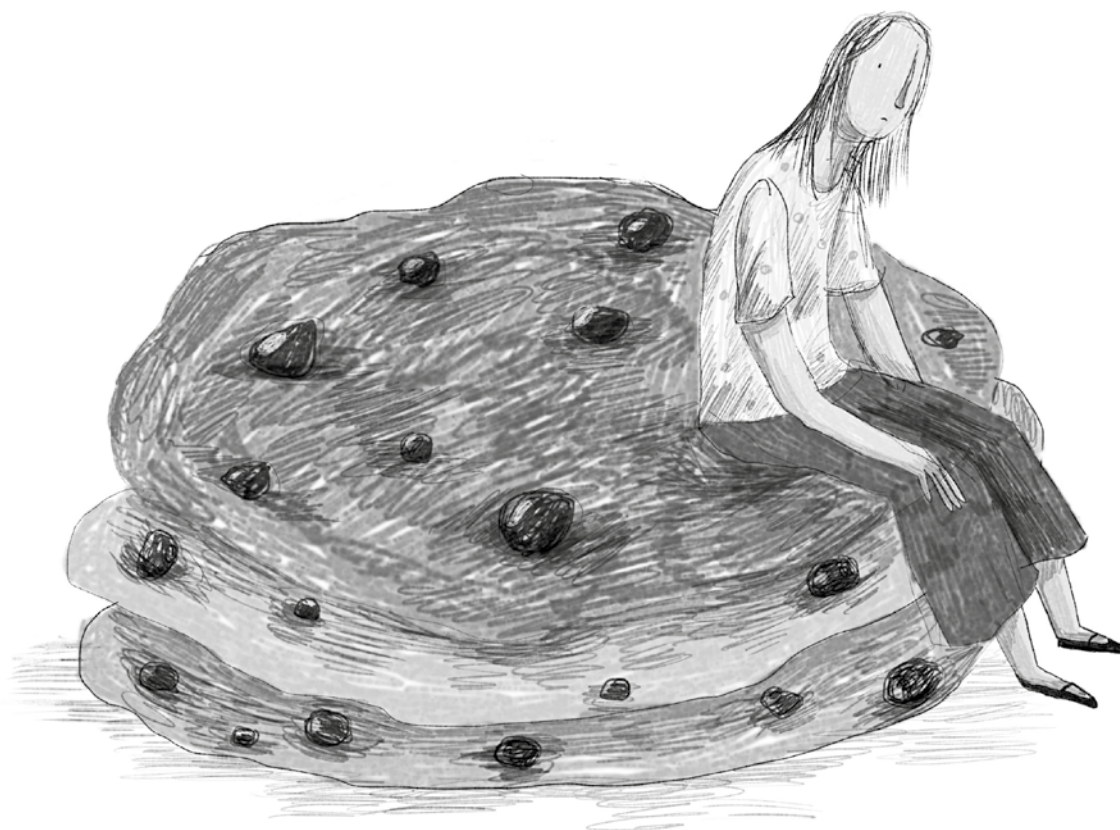
Por desgracia, en nuestros tiempos sigue habiendo genocidios, guerras civiles y fratricidas, esclavitud, explotación y trata de personas que exigen un viaje terrible por la supervivencia. No podemos quedar indiferentes ante los sometimientos violentos e impositivos, las guerras de religión, la extorsión, el terrorismo y la violación de los derechos humanos más elementales que obliga a mucha gente en plena sociedad del bienestar a emprender un viaje incierto, arriesgado, desesperado, y en el fondo, inhumano.

El viaje comercial nace con los fenicios y los griegos, capaces de realizar grandes desplazamientos para adquirir o vender sus productos. El desarrollo de la navegación de cabotaje por el Mediterráneo difundió la cultura y la lengua griega con sus novedosas ideas sobre la ciencia, el arte y la filosofía que formaron la base del pensamiento y las relaciones sociales de la cultura occidental. Los romanos hicieron del viaje el principal medio de comunicación para dominar el mundo conocido gracias a miles de kilómetros de calzadas y a las rutas marítimas que permitían llegar a Roma desde cualquier punto en pocos días. Desde tiempos inmemorables los beduinos organizan caravanas que atraviesan los desiertos para comerciar sus productos con lejanos pueblos a los que ayudan a prosperar gracias al intercambio cultural



y económico. El viaje de muchos de estos comerciantes podía durar varios meses o incluso años, lo cual lo convertía en travesías que hacían del regreso una verdadera aventura. Los pescadores siguen siendo un ejemplo de este tipo de comerciantes que pasan gran parte del año fuera de casa en un viaje que los aparta de sus familias y de la sociedad, como también ocurre con los soldados, que pueden sufrir un desarraigo provocado por viajes demasiado largos y azarosos. Una de las historias de viajes comerciales más famosa es la de Marco Polo, un comerciante veneciano que en el siglo XIII abrió la ruta de la seda entre Europa y el lejano oriente. El deseo de abrir nuevas rutas comerciales fue lo que provocó el viaje de Cristóbal Colón que desembocaría en el descubrimiento de América. El comercio y la economía tienen, por tanto, mucho que ver con el viaje.

Hay otro tipo de viaje exploratorio, también lleno de peligros pero que se diferencia del anterior porque supone un reto y exige una preparación. Es un viaje de aventuras. El éxito del viaje dependerá de la capacidad de enfrentarse a los peligros, adecuarse a las circunstancias e incluso sacar provecho de las dificultades hasta el punto de elaborar relatos que los transmitan a la posteridad; por ejemplo, los



viajes culturales de Heródoto o de investigación geográfica de Estrabón, las investigaciones de Plinio el Viejo que provocaron su muerte por intoxicación durante la explosión del Vesubio; un capítulo especial ocupan las expediciones colonizadoras en América y África que necesitarían un estudio detenido y específico; de entre todos, cabe destacar el viaje finalizado en 1522 de Hernando de Magallanes y Juan Sebastián Elcano, considerado la primera vuelta al mundo; o los viajes con fines científicos, como la Real expedición botánica a la Nueva España de José Mariano Mocino y Martín de Sessé, de finales del siglo XVIII, recientemente publicada en 13 tomos por la editorial Siglo XXI y la UNAM; justo en el cambio de siglo destaca la expedición militar y científica de Napoleón en Egipto con el descubrimiento de la piedra Rosetta y el nacimiento de las bibliotecas públicas, los museos y la arqueología moderna, genialmente descrito en el clásico libro de C.W. Ceram, *Dioses tumbas y sabios*: el descubrimiento de Troya por Schliemann o la reconstrucción de los palacios minoicos por parte de Evans; en el siglo XIX se buscan nuevos retos: se descubre y alcanzan los polos; nace el submarinismo y el alpinismo para explorar los límites de la naturaleza; en el siglo XX se logra uno de los sueños de la humanidad con el

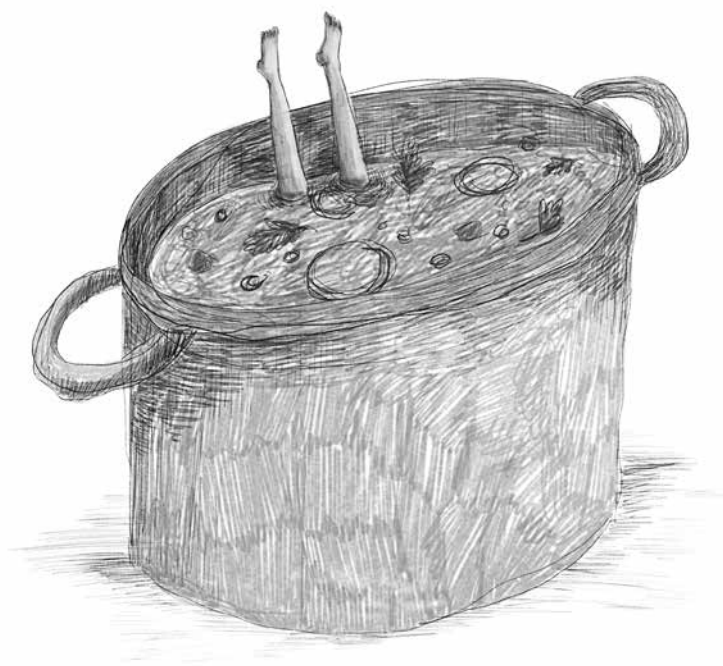
exitoso viaje a la luna. Todos estos viajes exploratorios suponen un desafío para la ciencia de su época y exigen aventureros dispuestos a enfrentarse a lo desconocido, patrocinadores y un equipo de profesionales que lo hagan posible.

El viaje de placer o turismo nace con el *grand tour* que los jóvenes aristócratas ingleses realizaban como parte de su educación desde principios del siglo XVIII. De esta expresión deriva el término turismo o turista. Se podría decir que son el origen de los viajes de estudios y de los años sabáticos. En el *grand tour* los viajeros recibían una formación adicional en historia, arte y literatura que se consideraba imprescindible antes de iniciar la carrera política. Era también una oportunidad para conocer de primera mano las ruinas del mundo antiguo, en especial las recién descubiertas de Pompeya y Herculano, la recolección de objetos de arte, la observación de las costumbres y usos de otras naciones. Nacen así las primeras guías turísticas y la lista de los distintos lugares de interés, imprescindibles para visitar en Italia y Grecia, principalmente, pero también en Francia, Países Bajos y Oriente Próximo; las ilustraciones y láminas que despiertan la imaginación y ese hálito de arcano prestigio de los tiempos antiguos que dará lugar

al Romanticismo. Es un viaje de recreo en el que las aventuras se simulan, se pagan. Es el viaje de vacaciones de la sociedad actual en el que apenas queda un leve vestigio cultural.

La literatura recrea el viaje en un género propio: los relatos de viajes. Desde el nacimiento de la literatura el lector puede realizar el viaje inmóvil que le permite explorar y conocer mundos desconocidos, reales o ficticios, sin salir de su casa. Tras la caída de Troya, Ulises realiza un periplo repleto de aventuras con el único objetivo de regresar a su casa donde le espera su esposa Penélope; el relato de las sirenas, del cíclope o los lotófagos encuentran su origen en los monstruos y animales fantásticos de las narraciones y tópicos literarios inventados por los marineros, pescadores y comerciantes, a partir de su experiencia viajera por el Mediterráneo e inspirados en el mismo deseo de regresar a su hogar; Eneas, prófugo de Troya, se ve obligado por la guerra y la destrucción de su ciudad a explorar tierras lejanas y recomenzar una nueva vida entre extraños y desconocidos; en las argonáuticas, los principales héroes de la mitología griega se reúnen para conseguir el Vello de oro resguardado en la Cólquide en un viaje exploratorio en el que la tecnología de la nave y el dominio para orientarse por medio de las estrellas resulta necesario para alcanzar su destino. En el siglo XVI Tomás Moro escribe una obra que vuelve a describir el ambiente de las historias y narraciones entre marineros en el puerto de Amberes tras el descubrimiento de América: el hallazgo de lugares extraordinarios y maravillosos como la isla de Utopía en el mar océano. El viaje hacia lo desconocido nos presenta una sociedad ideal en la que las costumbres políticas, económicas y culturales son un ejemplo a imitar. A principios del siglo XVIII la novela de Daniel Defoe, *Robinson Crusoe*, se replantea el por qué de la cultura gracias a un viaje que le aparta de la sociedad; la literatura con su capacidad de crear y recrear mundos paralelos pasa de la reflexión y la crítica a la sátira de la mano de Jonathan Swift en *Los viajes de Gulliver*. Por último, un buen ejemplo de relato de viaje turístico es *La vuelta al mundo en 80 días* de Julio Verne, donde la tecnología y la preparación sirven para recorrer los lugares más renombrados y famosos para un caballero del siglo XIX.

El viaje a lo desconocido tiene una variante más sugerente y profunda en el viaje al más allá. Desde la primera Edad Media aparece



la referencia de la vida como un viaje a la patria celestial. La analogía de la peregrinación a los santos lugares, a Roma, o a Santiago de Compostela, con las calamidades de un largo viaje por el que el caminante ha de afrontar peligros, escaseces y penalidades por alcanzar el consuelo divino sirve ahora para entender otra faceta distinta del viaje. La literatura se enfrenta también de una manera lírica a uno de los grandes misterios del hombre. La muerte es el viaje por excelencia, el viaje final que explica el tránsito por esta vida para llegar a un destino mejor. La bajada a los infiernos de Ulises, Eneas o Dante es el modo de conocer la meta de nuestro viaje final, el método para enfrentarnos al sentido de la vida. El viaje no debe ser un deambular sin rumbo, tiene que tener un destino, una meta planeada y prevista. Por llegar con éxito a esa meta el hombre es capaz de alcanzar los medios económicos y culturales para arrostrar los peligros de lo desconocido, de la exploración, de la huida. El viaje no es el fin, sino el camino, o como decía Franklin P. Jones: el amor es lo que hace que el viaje valga la pena. •

José Eduardo Fernández es investigador en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM.

ITINERARIOS DEL JALISCIENSE JOAQUÍN GÓMEZ VERGARA

LILIA VIEYRA SÁNCHEZ

Viajar para conocer, aprender, comparar, innovar, disfrutar, saborear, pero además ir al otro lado de las fronteras nacionales implica servir a la patria, así lo consideró Joaquín Gómez Vergara (1840-1894), escritor jalisciense que formó parte de la Legación de México en España bajo las órdenes de su coterráneo el general Ramón Corona (1837-1889), designado Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en ese país por el presidente Sebastián Lerdo de Tejada (1823-1889). Antes de abandonar la Ciudad de México, Gómez Vergara acordó con el editor José María Vigil (1829-1909), también originario de Jalisco, que entre sus tareas como miembro del servicio exterior, le enviaría informes sobre su periplo para que él las publicara en *El Porvenir*, periódico ministerial del que era redactor. Joaquín preparó sus maletas en las que además de los artículos personales necesarios para una travesía tan larga, llevaba poemas de sus colegas mexicanos que pretendía difundir en España como parte de un proyecto cultural para contribuir a engrandecer el nombre de México a través de las letras.



El 15 de abril de 1874, Gómez Vergara inició su trayecto rumbo a Europa. Registró detalles de su viaje por Veracruz, La Habana, San Thomas, Santander y Madrid, a donde llegó un mes después, el 15 de mayo. Instalado en la capital española, redactó una serie de epístolas que abundaron en los pormenores de los caminos, los inconvenientes de trasladarse en barco que provocaba mareos, el mal olor de los camarotes y las inclemencias del clima. La alegría de pisar tierra en Santander se eclipsaba ante el panorama del trayecto a Madrid en ferrocarril que significaba 24 horas de escuchar el sonido monótono de la máquina y el golpeteo constante contra el cuerpo de sus compañeros de asiento y la angustia de elegir, ante una apabullante oferta, un hotel o casa de huéspedes que brindara servicio de calidad a un costo accesible.

La correspondencia que Gómez Vergara envió al redactor de *El Porvenir* —entre el 9 de junio de 1874 al 17 de marzo de 1876— retrata las acciones que ejerció para que su permanencia en Madrid fomentara la presencia de México en las regiones europeas. Cartas que muestran su asombro ante la vida madrileña, las costumbres nocturnas, la limpieza de las calles, el empedrado colocado para proteger al peatón, las verbenas populares, los puestos callejeros, los distintos sabores, la forma de vestir, los precios de los productos, la variedad de frutos distintos a los de su país, el clima extremo caracterizado por altas temperaturas de 39 grados y el descenso del termómetro a cifras bajo cero que le hicieron padecer enfermedades en la Villa del Oso y el Madroño, como se conocía en esa época a la capital de España.

Además, Joaquín recorrió librerías y bibliotecas; la lectura de periódicos le permitieron evaluar que la información que circulaba en España sobre México era contrastante, ya que se desconocía su ubicación geográfica (lo confundían con Cuba), se pensaba que Benito Juárez había sido un general valeroso, pero estaban lejos de saber que fue el presidente que abanderó la defensa del país ante la Intervención Francesa y el Imperio de Maximiliano, hechos que en Europa se desaprobaban. Lo que era de dominio popular consistía en datos tendenciosos que afectaban el nombre y reputación de México.

Gómez Vergara ubicó que el libro *México histórico descriptivo* de Evaristo Escalera y Manuel González Llana, abundaba en un panorama que permitía comprender la actitud de las potencias europeas de imponer un gobierno extranjero.

Mientras que *La guerre du Mexique de 1862 a 1866* de Paul Laurent contenía aseveraciones que afectaban a nuestra nación, por ello se apresuró a traducirlo y anotar lo erróneo de sus juicios. El diplomático mexicano identificó que los españoles leían noticias sobre México en periódicos publicados en Nueva York que consignaban el atraso cultural, la falta de civilización, los robos y crímenes que prevalecían, por ello recalcó la importancia de que el cuerpo diplomático tuviera la posibilidad de insertar algunos artículos en diarios madrileños que enaltecieran a la patria en la península, como formuló antes de salir de la república mexicana. Aconsejó la circulación de periódicos mexicanos en España, pero también trató de concientizar a los redactores que cuidaran las notas que escribían, ya que la tendencia política en contra del gobierno generaba que dejaran sin consignar los avances que lograba la nación en el tendido de vías férreas, cable telegráfico y alumbrado de gas, por ello alertó que las noticias negativas de la prensa de oposición además de lastimar la administración presidencial, lesionaban la imagen de México en el ámbito internacional.

El recorrido por las librerías también le dio oportunidad de informar a *El Porvenir* sobre las novedades editoriales, los autores y temas que ocupaban el gusto del lector español. Aunado a que conoció textos y documentos que abordaban la historia del México prehispánico y virreinal que consignó en las páginas del periódico para que los bibliógrafos estuvieran al tanto y compraran o reprodujeran esas obras, útiles para elaborar la historia antigua de su país natal.

Amparado en sus conocimientos literarios, Joaquín consideró que sus esfuerzos podían rendir fruto entre sus colegas españoles. Así, con apoyo de las redes culturales y políticas que el embajador Ramón Corona tejió con escritores peninsulares, Gómez Vergara fue invitado a las tertulias literarias en el domicilio de Pedro Antonio de Alarcón, donde aprovechó para leer los poemas de Manuel Acuña, Aurelio Gallardo e Isabel Prieto de Landázuri. Ante los comentarios elogiosos con que los letrados españoles recibieron las producciones de sus compatriotas, Gómez Vergara lamentó la negativa de sus amigos a los que pidió que le otorgaran sus textos para divulgarlos en tierras europeas. Esta reflexión le llevó a considerar que los españoles sabían de los mexicanos lo que estos deseaban, pues lejos de responsabilizar a los hijos de España discurrió que los vástagos de México tenían poco interés en darse a conocer más allá de sus confines. El viaje provocó que Joaquín transformara



sus ideas, que reconsiderara la importancia de promover la firma de tratados de propiedad literaria que contribuyeran a la publicación de la obra de escritores mexicanos en España.

Fuera de su patria, este escritor y diplomático jalisciense se dio cuenta de que la política exterior era fundamental para propiciar el crecimiento de México, por ello aconsejó que el presidente Lerdo de Tejada debía establecer acciones para tener mayor presencia en Europa. Evaluó que el funcionamiento de las vías de comunicación era crucial para el avance mercantil, lo que hacía necesario mejorar el sistema postal mexicano. En el ámbito marítimo advirtió sobre el procedimiento más rápido y seguro para realizar el trayecto a Europa en buques españoles que hacían escalas, pero anclaban en Santander, a diferencia de los navíos franceses que salían de Veracruz, pero a veces evadían fondear en el puerto español por el mal tiempo, lo que significaba que los pasajeros eran trasladados a Saint Nazaire en donde tenían que esperar la salida de otro barco que los llevara al puerto español, lo que implicaba tiempo y la erogación de dinero para comprar el boleto de retorno.

Gómez Vergara quedó seducido con el ambiente cultural de Madrid, se solazó con las funciones teatrales y le deleitó que los españoles gustaran de la música y el baile. Encontró que los pordioseros tocaban instrumentos, como la guitarra y la flauta, y de esa manera solicitaban propinas; se alegró de que en la calle se formaran parejas para acompasar los

acordes de las melodías con la cadencia de sus cuerpos; quedó impactado por el movimiento constante de transeúntes de distintos estratos sociales por el Paseo del Prado; bebió agua de la Fuente de la Cibeles; acudió a las zarzuelas y conciertos que se ofertaban en el Jardín del Buen Retiro y presenció la euforia en la plaza de toros. Ingresó a los museos y quedó sorprendido con el de Ingenieros, que tenía piezas a escala de diversos puertos internacionales.

Viajar cambia la visión del país que se deja y al que se llega, lo que sin duda resulta útil para transformar las condiciones políticas, económicas, culturales e ideológicas de los que transitan por otros territorios y de los que leen sus experiencias. Sin embargo, los lectores también pueden interpretar que las crónicas de viaje, lejos de ser una actividad que entraña esfuerzo y reditúa en provecho de una nación, sólo es una forma de visitar lugares lejanos a costa del erario. Así lo interpretaron algunos suscriptores de *El Porvenir* quienes opinaron que las travesías que describía Joaquín Gómez Vergara por Madrid denotaban que los miembros de la Legación de México en España sólo iban a pasear, lo que el escritor se apresuró a desmentir en las columnas de aquel periódico y trató de vindicar la labor del servicio exterior.

Con esa intención, aclaró que sus epístolas tenían la función de informar sobre las particularidades de la cotidianidad madrileña que estaban lejos de consignar los periódicos españoles que se recibían en México. Además, seleccionó e incluyó variedad en el contenido que amenizó con crónicas de espectáculos públicos, cuadros de costumbres, nota roja que abrevó de los diarios peninsulares que describían los actos sangrientos cometidos por las tropas carlistas, detalles del protocolo diplomático y sucesos trascendentes ocurridos en Europa.

Lamentablemente, la culminación del gobierno de Lerdo de Tejada propició un clima de inestabilidad que obligó a Vigil a suspender el 31 de mayo de 1876 la redacción de *El Porvenir*, lo que interrumpió la publicación de los itinerarios españoles de Gómez Vergara. Sin embargo, las páginas de ese periódico son testimonio de los esfuerzos de Joaquín para cumplir con la misión diplomática de promover el conocimiento de México en España y la certeza de que viajar era una gran oportunidad para un servidor público de contribuir al desarrollo y progreso de su patria. •

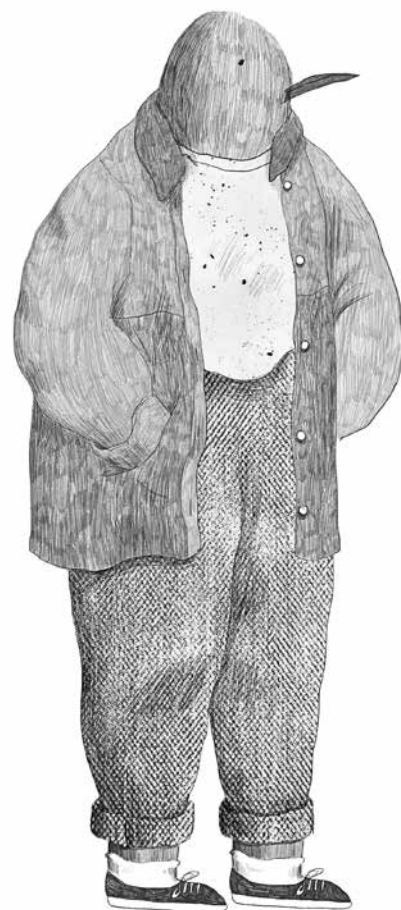
Lilia Vieyra Sánchez es investigadora en el Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM.

VIAJES Y CIUDADES

ELENA TRAPANESE

Las *Ciudades Invisibles* del escritor italiano Italo Calvino bien puede considerarse como un último poema de amor a la ciudad o como un sueño, nacido en el corazón de las ciudades inhabitables de hoy día. El libro se presenta como una serie de relaciones de viaje que el mercader veneciano Marco Polo hace a Kublai Kan, emperador de los Tártaros. Las ciudades descritas por Marco Polo no son ciudades reconocibles, todas ellas son inventadas y llevan nombre de mujer: hay ciudades de la memoria, ciudades sutiles, ciudades escondidas y continuas, ciudades telaraña o microscópicas, ciudades que son lugar de trueque, de deseo, de signos y nombres.

Después de haber escuchado una parte de los relatos del veneciano, Kublai Kan de repente tiene una duda: ¿Marco Polo no estará buscando en realidad a su natal Venecia en las ciudades que visita? ¿Su viaje no será un viaje en el pasado? Al respecto, Calvino dirá que aquello que buscaba el explorador veneciano “era siempre algo que estaba delante de él, y aunque se tratara del pasado era un pasado que cambiaba a medida que avanzaba en su viaje, porque el pasado del viajero cambia según el itinerario cumplido [...]. Al llegar a cada nueva ciudad el viajero encuentra un pasado suyo que ya no sabía que tenía: la extrañeza de lo que no eres o no posees más te espera al paso en los lugares extraños y no poseídos”.



Algo parecido tuvo que sentir la exiliada española María Zambrano al llegar a Roma por primera vez en 1949, cuando al acercarse a las ruinas del Palatino le pareció volver a oír la voz de su nodriza segoviana: “cuando me acerqué a las ruinas del Foro romano —recuerda— del fondo más oscuro de mi memoria sentí llegar su voz, diciéndome como antes, como en aquellos años: “Mira, niña” ... Y miré, miré y vi las ruinas de mi patria: Roma. ¿Qué era aquello? ¿Quizá una metáfora?”.

Las ciudades son, ante todo, lugares de memoria donde encontramos recuerdos ajenos y a donde llevamos los nuestros. En definitiva, lugares de intercambio de memoria, como la ciudad de Eufemia, descrita por Marco Polo: una ciudad a la que se llega no sólo por vender o comprar, sino sobre todo para reunirse con otros viajeros alrededor de una hoguera, de noche. Allí, “a cada palabra que uno dice —como “lobo”, “hermana”, “tesoro escondido”, “batalla”, “sarna”, “amantes”— los otros cuentan cada uno su historia de lobos, de hermanas, de tesoros, de sarna, de amantes, de batallas”. El viajero sabe que, al regresar de Eufemia, al evocar recuerdos propios para permanecer despierto de noche, su lobo se habrá convertido ya en otro lobo, su batalla en otra, los amantes en otros amantes, etc. Eufemia es la ciudad “donde se cambia la memoria en cada solsticio y en cada equinoccio”, símbolo de todas aquellas hogueras alrededor de las que hemos parado en nuestros viajes, regalando nuestros lobos y batallas a otros y recibiendo hermanas y amantes que pronto entran a formar parte de nuestra memoria personal.

Resulta llamativo que Marco Polo, puesto a prueba por Kublai Kan delante de un gran atlas, parece reconocer mejor las ciudades en aquel mapa fijado que en sus viajes. “Viajando —comenta el veneciano— uno se da cuenta de que las diferencias se pierden: cada ciudad se va pareciendo a todas las ciudades, los lugares intercambian forma, orden, distancias, un polvillo informe invade los continentes. Tu atlas guarda intactas las diferencias: ese surtido de cualidades que son como las letras del nombre”.

No hay viaje sin recuerdo, no hay viaje sin memoria. Pero sabemos que la memoria suele ser muy mala cronista, no es un archivo o un almacén. La memoria recategoriza, crea, inventa, a veces hasta miente. En su interesante libro *Padre y memoria*, Federico Campbell nos recuerda que “la memoria es la persona. Prive usted a alguien de sus recuerdos y dejará de existir

como tal”, prive usted a alguien de su memoria y empezará a desvanecer también su identidad, su conciencia y sólo se quedará su cuerpo. Es posible encontrar una comprobación evidente de ello, nos dice Campbell, en los enfermos de Alzheimer: al retraerse su memoria, se retrae también su personalidad y los individuos ya no son capaces de contar su historia. Asunto sumamente grave, pues somos en la medida en que contamos y recordamos. Cuento y recuerdo, luego existo.

Recordar un viaje, recordar una ciudad, es volver a viajar con los ojos abiertos de la memoria cuya mirada recategoriza el mundo que hemos atravesado. Es también viajar en el recuerdo.

Hay ciudades que sólo existen en la distancia, del espacio y del tiempo. Como Irene, ciudad descrita por Marco Polo, cuyo nombre “es un nombre de ciudad de lejos, y si uno se acerca, cambia”; Irene es una para el que entra, otra para quien se queda atrapado en ella, otra más para quien sale para nunca volver. O como aquella *Ciudad ausente* descrita por Zambrano tras haber dejado Segovia: es en el instante en el que se apaga la ciudad real y todavía no ha aparecido la ideal, que se manifiesta la ciudad verdadera. “Ahora sólo eres mía —escribe Zambrano— y eres ciudad, no caos de edificios y sensaciones; en la ausencia estás ante mí más que nunca, en presencia ideal, llena de gracia en mi intelecto”. El recuerdo sólo se da en la ausencia, en la distancia. Sólo quien vive en la distancia, opinaba Rosa Chacel, se acuerda de que existe.

Ninguna de las ciudades que visitemos nos dirá su pasado de forma explícita: habrá que buscarlo en las líneas de sus manos, en las arrugas de su rostro, en las grietas y en los ángulos de sus calles y edificios. Pues la ciudad, sugiere Zambrano, tiene “figura, rostro, fisonomía” y vísceras. Y hay que tener cuidado con estas últimas, con las entrañas de las ciudades por las que transitamos y viajamos, para no ofenderlas, para no hacerlas sumergir o temblar al pisar la tierra. No podemos poner el pie en cualquier lugar.

Pero las ciudades son también y, sobre todo, lugares de ruinas y grietas. La contemplación de las ruinas siempre ha producido fascinación, pues las ruinas son el testigo de algo que ha sobrevivido, resistiendo a los derrumbes del tiempo, de algo que emerge del mar del olvido para devolvernos memoria y esperanza. “Y así en las ruinas lo que vemos —comenta Zambrano— y sentimos es una esperanza aprisionada, que cuando estuvo intacto lo que ahora vemos deshecho quizás no era tan presente; no había alcanzado con su presencia lo que logra con su ausencia. Y esto: que la ausencia sobrepase en intensidad y en fuerza a la presencia, es el signo inequívoco de que algo haya alcanzado categoría de “ruina”.” Intensamente ausentes son las ruinas: símbolo de todas aquellas ausencias que no

se han convertido en la nada, sino que habitan latentes y silenciosas nuestro tiempo, como el musgo y la yedra que nacen y proliferan entre las grietas. “Yo también tengo ruinas”, escribía Mario Benedetti. Tal vez por esto nos fascine tanto contemplarlas: en ellas reconocemos algo de nosotros mismo, nuestras ausencias, fracasos y esperanzas aprisionadas, pero sobrevivientes. Tal vez por esto las ruinas estén tan presentes en los ojos de los viajeros, en sus sentidos, en su recuerdo, hasta en sus sueños.

¿Qué hacer con las ruinas y sus grietas? Integrarlas en nuevos edificios, en nuevas construcciones, dejarlas intactas. Tal vez habría que aprender de la técnica ancestral japonesa, el Kintsugi, que consiste en reparar objetos de cerámica con resina dorada. Las rupturas, las grietas, las fisuras forman parte de la historia de los objetos, por ello no hay que ocultarlas, sino darles valor añadido. Grietas, vacío y ausencias en la continuidad de la ciudad se pueden abrir inclusive para los habitantes confiados, que creen conocer y vivir su ciudad. Alguien cantaba que es por las grietas que entra la luz.



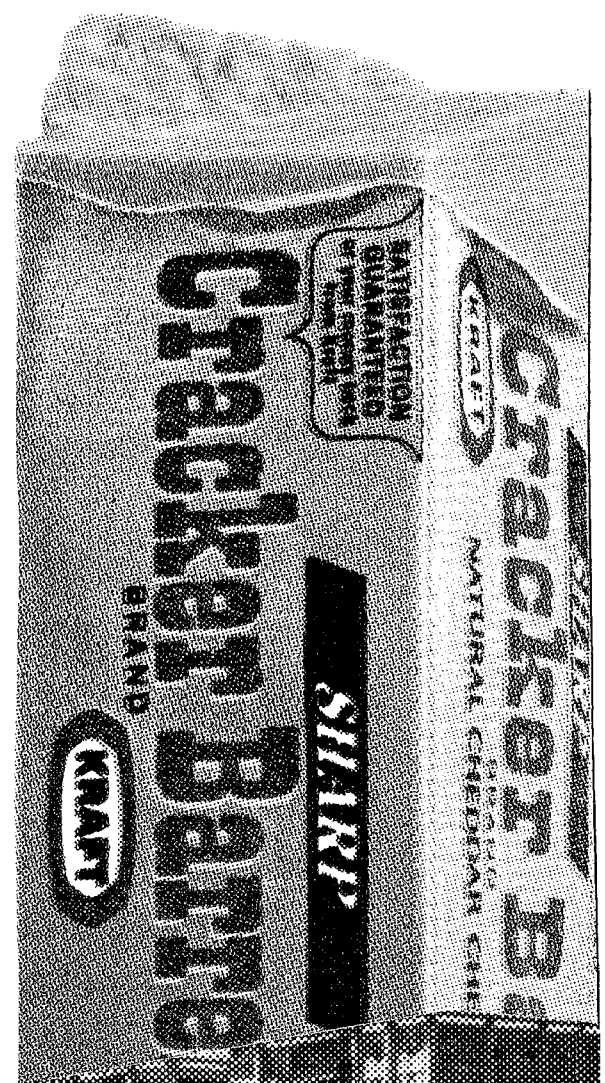
VIAJE

Ocurre con las ciudades algo parecido que con los sueños, nos advierte Marco Polo: como los sueños, las ciudades están construidas “de deseos y de miedos, [...] creen que son obra de la mente o del azar, pero ni una ni el otro bastan para mantener en pie sus muros. De una ciudad no disfrutas las siete o las setenta y siete maravillas, sino la respuesta que da a una pregunta tuya”. O, añade sapientemente Kublai Kan, “la pregunta que te hace obligándote a responder, como Tebas por boca de la Esfinge”. Algo semejante ocurre con el viajar: disfrutamos de él en la medida en que responde a nuestras preguntas o nos interroga obligándonos a contestar. Salimos siempre con una maleta llena de recuerdos, memorias, sueños y esperanzas, como el *Vagabundo* de Remedios Varo, que trae consigo un retrato, unos libros, una rosa (recuerdo de un jardín lejano).

“Ha de haber muchos caminos. Ha de haber varios para cada persona, pues que varios son los tiempos; y no me refiero solamente a las circunstancias, sino al modo de vivir el tiempo y al modo de sufrirlo”, reflexionaba María Zambrano. Ha de haber muchos viajes, varios para cada persona, dependiendo de su modo de vivir y sufrir el tiempo, de soñarlo. Ha de haber varias ciudades para cada persona, que vamos rastreando entre discontinuidades, ruinas y grietas.

Nuestro atlas, como el de Kublai Kan, contiene también los mapas de las tierras y ciudades visitadas, prometidas, soñadas y deseadas con el pensamiento, pero todavía por descubrir o fundar, como la Nueva Atlántida, Utopía o la Ciudad del Sol. “Tú que exploras en torno y ves los signos, sabrás decirme hacia cuál de estos futuros nos impulsan los vientos propicios”, le pregunta el emperador a Marco Polo. El mercader veneciano contesta: “Para llegar a esos puertos no sabría trazar la ruta en la carta ni fijar la fecha de llegada. A veces me basta un escorzo abierto en mitad mismo de un paisaje incongruente, un aflorar de luces en la niebla, el diálogo de dos transeúntes que se encuentran en medio del trajín, para pensar que partiendo de allí juntaré pedazo a pedazo la ciudad perfecta, hecha de fragmentos mezclados con el resto, de instantes separados por intervalos, de señales que uno manda y no sabe quién las recibe. Si te digo que la ciudad a la cual tiende mi viaje es discontinua en el espacio y en el tiempo, ya más rala, ya más densa, no has de creer que se puede dejar de buscarla”. •

Elena Trapanese es catedrática en la Universidad Autónoma de Madrid.



SATISFACTION
GUARANTEED
or your money
back

Cracker Batts

BRAND



SHARP

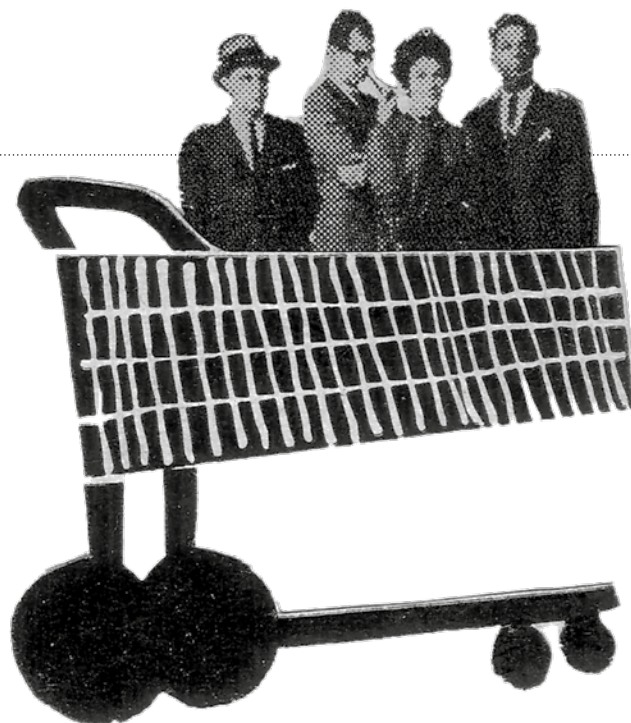
Cracker Batts
NATURAL CHEESEDAI CHEE



EXPLORACIÓN

EXPLORACIÓN, FULGORES Y MUERTES, SEGÚN PIGAFETTA

PABLO ESCALANTE GONZALBO



Tuvo la fortuna, Antonio de Pigafetta, súbdito veneciano nacido en Vicenza (1480), de sobrevivir junto a un puñado de marineros la travesía interminable de Sevilla a Sevilla, dando la vuelta al Mundo.

Miedo/Movimiento

La relación entre el miedo y la quietud es tan estrecha que casi podría definirse el miedo como una parálisis. Y, sin embargo, hay esa fuerza que permite seguir, al cabo de unos instantes, cuando detenerse atenta contra el instinto mismo de supervivencia. Algunas creencias actúan como palanca que impulsa la resistencia al miedo, ayudan a ponerse de nuevo en movimiento. A menudo, las crónicas de la exploración y conquista de América nos permiten percibir el miedo de europeos e indígenas: el pánico, en ocasiones. Recordemos, por ejemplo, el

miedo de Bernal Díaz ante la numerosidad de los indios que cubrían las colinas antes de un ataque o se agolpaban en las calles y canales de Tenochtitlan... Ese miedo de Bernal Díaz parece decir algo así como “éramos tan poca cosa”.

Por alguna razón, el miedo de aquella gente de la época de los descubrimientos parece más desolador que el nuestro, tiene una dimensión épica; y nos conmueve imaginarlos, sujetándose de casi nada, en una pequeña embarcación de madera que se agita en el océano en mitad de la noche. La duda radical sobre las posibilidades de sobrevivir ante circunstancias nuevas, desconocidas. No es sólo el miedo de los europeos que navegan o avanzan en tierra firme; es también el miedo de los nativos que corren desconcertados ante la presencia de nuevas embarcaciones, rostros, armaduras, explosiones y truenos, e indescifrables intenciones.

Es verdad que las crónicas de travesía fueron puestas por escrito o pasadas en limpio meses o años después de los sucesos. Pero el miedo aún se palpa en sus

páginas. Me sobrecogen especialmente algunos pasajes de Pigafetta, cronista de la expedición que llamamos “de Magallanes”, aunque Fernando de Magallanes, almirante y caballero de la orden de Santiago, murió en una escaramuza en la isla de Cebú y no llegó a concluir el viaje.

Miedo a seguir, cuando el hambre y el frío calaban en el ánimo de marineros y capitanes durante el invierno de la Patagonia. Un miedo que ya había hecho estragos al cruzar el Atlántico; las extenuantes tormentas, las dudas, los tiburones, de los cuales dice lacónico Pigafetta, “si desgraciadamente cae un hombre al mar, lo devoran en el acto”.

La expedición fue sufriendo bajas a lo largo de la travesía. Sólo uno de los cinco barcos que habían zarpado regresó a Sevilla, la nao *Victoria*, con 18 tripulantes a bordo. Murieron en total 216.

Luces

Los exploradores de antaño solían ver cosas, santos, vírgenes, prodigios que parecían destinados a auxiliarles en su empresa; señales que les alentaban a seguir.

Entre las más poéticas señales, que los exploradores encontraban en su camino, están sin duda los fuegos de San Telmo. Les llamaban así, con ese bello nombre; a veces fuegos de San Nicolás o fuegos de Santa Clara. Hoy decimos que se trata de un plasma de partículas luminosas, formado cuando un campo eléctrico ioniza el aire durante una tormenta. Puede ser, pero lo cierto es que las puntas de los mástiles se encienden, como si ardieran, y producen de pronto un fogonazo que deja las naves y el mar próximo iluminados por un frío resplandor azul.

Los fuegos de San Telmo tranquilizaron a la tripulación de la expedición de Magallanes, asediada por tormentas en

su largo cruce del Atlántico. En alguna ocasión “se nos apareció como una bella antorcha en la punta del palo mayor, donde se detuvo durante dos horas”, escribe Pigafetta. En medio de la tempestad, “nos creíamos perdidos, pero el viento cesó en ese mismo momento”.

Cómo dudar de la intervención milagrosa. Tiempo después, en las costas de Brasil, los fuegos volvieron a darles calma a los marineros en medio de la turbulencia. “Los fuegos de San Telmo, de San Nicolás y de Santa Clara se vieron varias veces en la punta de los mástiles”, “cuando desaparecían, disminuía al instante el furor de la tempestad”.

Refugio/muerte

Cuándo acaba todo esto. En una travesía larguísima —casi tres años duró el viaje de Magallanes, concluido por Juan Sebastián Elcano—, cuándo cesan los contratiempos y las dudas, cuándo se está a salvo de la catástrofe.

Es casi enternecedor leer las líneas que Pigafetta dedica al estrecho que hoy llamamos, con justicia, “de Magallanes” y que ellos llamaron “de los Patagones”, para dejar constancia de la impresión que les había producido la corpulencia de los nativos del territorio que hoy, por eso mismo, llamamos Patagonia. Se trata de un canal marino bastante sinuoso, de orillas pedregosas y tramos de tierra esteparia. Y sin embargo, tras la escasez padecida días antes de dar con el estrecho, y considerando la enfermedad y la hambruna que sobrevendrían en el océano Pacífico, se entiende que el cronista rememore los días de navegación por el estrecho como una estancia paradisiaca. “Puerto seguro, agua excelente, madera de cedro, sardinas y marisco en gran abundancia” son algunas de las cosas que encontraron en el estrecho; también “una especie de apio dulce que crece en la vecindad de las fuentes y del cual nos alimentamos”.

Cuánto extrañarían durante la travesía en el Pacífico el agua y los alimentos frescos. Cómo debieron crecer en su recuerdo los recursos que ofrecía el estrecho de los Patagones: “creo que no hay en el mundo un estrecho mejor que éste”.

Tras salir del estrecho comenzó la peor parte de la expedición... Y ya no sé si cabe decir “exploraban”: flotaban, más bien, los barcos, un poco de aquí para allá, durante meses. Un marear desesperante, pacífico, Pacífico.

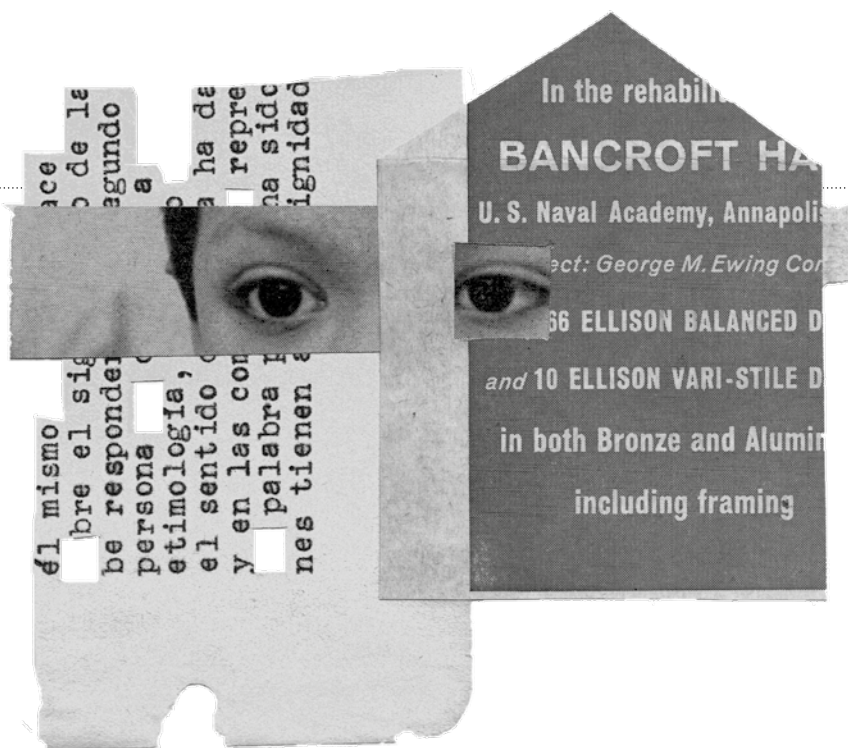
En esa paz oceánica se terminaron todos los víveres frescos. El bizcocho estaba pulverizado, agusanado y oloroso a orines de rata. El agua de beber ya estaba hedionda. Tuvieron que comer trozos de cuero hervidos.

Después vino la terrible hinchazón de las encías, que crecían hasta el punto de ocultar los dientes. Los dolores en el cuerpo. A esta “especie de enfermedad” le llamaba Pigafetta “nuestra mayor desgracia”. Llegaría a ser un padecimiento recurrente, años después, en los viajes de la Nao de la China o Galeón de Manila: el escorbuto.

Muchos murieron de escorbuto. Entre ellos, dos indígenas que habían sido raptados por los navegantes para mostrarlos en Europa. Uno de ellos, un patagón a quien llamaron Pablo, dizque pidió besar la cruz cuando se sentía morir, y aun pidió ser bautizado. Cosa que se le concedió. Así murió el patagón en medio del mar, con boca hinchada irreconocible, y lejos de sus estepas y sus mariscos.

Muchos más marineros morirían después en la navegación y en los zafarranchos con los filipinos. Su exploración de una ruta a las “islas de la especiería” fue un desastre de vidas humanas y también la primera circunnavegación del mundo. •

Pablo Escalante Gonzalbo es investigador en el Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM.



Explorar es lo que hacemos cuando nos salimos de los mapas. Los mapas representan lo conocido, abandonarlos nos lleva a lo desconocido. Adentrarse en lo desconocido es la esencia de la exploración.

Pero también podemos explorar los propios mapas. Es una empresa arriesgada, en especial si reflejan más la imaginación del cartógrafo que la propia realidad. Han sido este tipo de mapas los que terminan por propiciar las exploraciones más épicas. En 1798 uno de estos mapas recogía las observaciones del explorador y naturalista británico Mungo Park (1771-1806), tras sus intentos de conocer el curso y desembocadura del gran río Níger. Mostraba las montañas de Kong, que atravesaban África de oeste a este siguiendo los 10° N. Estas montañas, inexistentes en la realidad, siguieron tomando forma en las cartografías posteriores hasta llegar a unirse

con las montañas de la Luna, en Etiopía, donde nuevos imaginarios situaban el nacimiento del Nilo. Los exploradores que siguieron a Mungo Park, desde Richard Lemon a Hugh Clapperton, pagarían como él con sus vidas el haber explorado aquellas geografías inexistentes de África.

Cuando los mapas se van llenando de relatos imprecisos tras desatar la imaginación de los cartógrafos, la única forma de salirse de ellos es borrar todo lo que contienen y dejarlos en blanco, sólo con certeza. Esto es lo que sucedió con el mapa africano de John Cary (1805) del que desaparecieron por fabulosas muchas de las informaciones que contenían, menos las montañas Kong. Un mapa vacío es una provocación y muchos piensan que esta provocación es la que sintieron franceses, ingleses, alemanes y españoles para lanzarse a los espacios en blanco del interior africano (mientras los portugueses seguían desde finales del siglo xv instalados en sus costas). Esta carrera exploratoria dio lugar a la fundación de Sociedades Geográficas, cuyo primer modelo se asignó a la Société

de Géographie, en París. Pero explorar imaginarios o vacíos cartográficos no puede terminar bien. Sabedores de ello, los europeos decidieron unirse en una empresa común creando en 1876 la Asociación Internacional para la Exploración y Civilización del África Central, coincidiendo con el fin de esa Pequeña Edad del Hielo que tanto brío dio a los europeos para lanzarse a aventuras en el exterior. La Asociación Internacional iba contratando a los mejores exploradores para que fueran abriendo y manteniendo puestos desde la costa hacia el interior. Poco a poco cada nación empezó a elaborar planes de exploración propios, hasta entrar en conflictos diversos que tuvieron que resolverse en la famosa Conferencia de Berlín de 1884-85, que para colmo de males estaba presidida por un mapa gigantesco del continente africano, del que aún casi nada se conocía. Las naciones europeas se repartieron África llenándola de fronteras imaginarias que nuevas expediciones tuvieron que precisar.

Las operaciones de deslinde y amojonamiento pretendían situar sobre el territorio las líneas imposibles trazadas sobre un mapa en blanco. Estas operaciones dieron lugar a nuevas exploraciones para densificar las líneas fronterizas, en lo que parecía un ataque a la imaginación de los cartógrafos. La exploración parecía tocar a su fin. Sin imaginación no tenía sentido para los cartógrafos hacer mapas y esto haría imposible ya salirse de ellos.

Un día desplegué un mapa del desierto del Sáhara. Empecé a recorrerlo, a explorarlo. El mapa era una invitación a perderse por los lugares que mostraba, también a desbordarlos. Era fascinante. Pero como no podía salirme del mapa, decidí explorar su historia, averiguar quién lo había hecho. La parte del desierto que representaba había sido asignada por la Conferencia de Berlín a España, pese a que aquel territorio estaba siendo recorrido una y mil veces por los nómadas que lo habitan. Pero si no llevas mapas te excluyen del reparto, por lo que esos nómadas pasaron a pertenecer al mapa que los contenía.

Pero el mapa que tenía entre mis manos se había iniciado mucho después, en 1941, cuando ya había aviones para hacer una cartografía precisa. En esos años España estaba bajo el boicot de los países aliados en la Segunda Gran Guerra, y como castigo por su totalitarismo y sus simpatías por el régimen nazi, los cartógrafos españoles no disponían de películas para sus aviones fotogramétricos, no fuera a ser que las utilizaran para otros fines. Para hacer el mapa, mandaron brigadas de topógrafos militares con todos sus aparatos: brújulas, relojes, miras telescópicas, etc., que pronto dejaron de funcionar por efecto del polvo y la intensa y esquiva luz del desierto. Los topógrafos insistieron, pero sus aparatos seguían enfermando. No había otro remedio que recorrer todo aquel mundo, aparentemente vacío, contando los pasos.

Cada cien pasos se metían una piedra en el bolsillo y al terminar la jornada calculaban el recorrido, acompañándolo con puntos de coordenadas nocturnos. Tardaron ocho años en completar su cartografía. Mapa y exploradores se habían fundido en aquellas maravillosas hojas.

Para mi sorpresa, descubrí un mapa más antiguo, realizado treinta años antes por un solo cartógrafo. Pero ¿cómo podía ser? Pronto supe que aquel desconocido cartógrafo había hecho antes otros mapas increíbles. De hecho, acababa de hacer un gigantesco mapa de Guinea Ecuatorial en los años previos y, con anterioridad, toda la cartografía de las islas Filipinas. Cuando los norteamericanos aprendieron a ser imperio con aquellas Islas a principios del siglo xx tras sustituir como potencia colonial a España, esos mapas fueron su única guía. No podían creer, como me pasaba a mí, que un solo hombre hubiera recorrido tantos lugares, tantas selvas y tantos desiertos con tanta precisión. El jefe de los geólogos americanos no dudó en considerarlo el más grande explorador del siglo xx, pues él solo había sido capaz de desbordar sus propios mapas. Recorriendo los lugares que representaba, leyendo las memorias con las que acompañaba su producción, fui descubriendo sus secretos: no sólo marchaba con ligereza, sin beber más los líquidos que los que llevaba, tendiendo hilos kilométricos y recorriendo arroyos y valles para dibujar en su mente y en sus papeles las formas que el agua imprimía en el terreno. También preguntaba, tras aprender los idiomas locales, dedicando las puestas de sol a escuchar a los habitantes de sus recorridos.

Los cartógrafos exploradores, civiles y militares, quisieron dibujar de esta forma el planeta entero, pero la empresa no era fácil. Hacia 1960 sólo estaba cartografiada, a una escala adecuada, el sesenta por ciento de las tierras emergidas, incluidos los realizados desde aviones con grandes cámaras fotográficas. Los aviones pueden salirse antes de los mares, pero su mantenimiento no permitía

grades alegrías por zonas desconocidas. Para evitar todos los inconvenientes de la exploración, se propusieron ideas que parecían descabelladas: como montar estas mismas cámaras de los aviones en satélites espaciales, obteniendo de esta forma fotografías de cada rincón del planeta, pues los satélites giran de manera constante y repetida sobre nuestras cabezas hasta tener todo bajo su mirada.

Pero esta forma de explorar no es, como la imaginación de los cartógrafos, infalible. En los primeros programas militares secretos (Keyhold), los estadounidenses lanzaron decenas de satélites (Corona) con cámaras grandes y precisas que incluían su propio laboratorio fotográfico con el que, en pocas horas, obtenía imágenes de las posiciones soviéticas. Estas películas eran eyectadas con un paracaídas por los satélites en su caída, para que aviones especiales las recogiesen en vuelo. Cuando en 1995 Bill Clinton desclasificó dichos programas, los arqueólogos se encontraron con un tesoro inesperado. Muchos satélites habían errado y aparecían imágenes de otros países próximos, como Siria, donde se mostraban túmulos y formas de civilizaciones antiguas que carreteras, cultivos y construcciones habían ido ocultando a la mirada actual.

Keyhold se llamaba la esfera digital que compró Google en 2004, hoy convertida en Google Earth para dar vida virtual a su mundo cartográfico. Google ha declarado que quiere llegar a reproducir, o casi, la realidad a escala real, como los famosos mapas *Del rigor de la ciencia* de Borges. Ya no podremos desbordar los mapas: en adelante, serán los mapas los que nos exploren a nosotros. •

José Antonio Rodríguez-Esteban es catedrático en el departamento de Geografía de la Universidad Autónoma de Madrid.

EL CIELO COMO GUÍA EN LA EXPLORACIÓN DEL MAR OCÉANO EN EL SIGLO XVI



Hace casi quinientos años, una vez concluida la conquista de México, el emperador Carlos V recibió una petición de uno de los lugartenientes de Hernán Cortés, Pedro de Alvarado, para realizar una gran expedición hacia el Lejano Oriente a partir de la Nueva España. Con el beneplácito imperial y una vez reunidos todos sus recursos de naves y gente, se acercó al primer virrey de la Nueva España, Don Antonio de Mendoza, para proponerle participar en la empresa. Sin embargo, en esos momentos se desataba una gran rebelión en el norte, en la Nueva Galicia. La llamada Guerra del Mixtón requirió la conjunción de un gran esfuerzo bélico de los españoles y de las tropas auxiliares indígenas. En tal circunstancia, Alvarado participó activamente en sofocar la sublevación chichimeca. Después de varios enfrentamientos, Alvarado muere accidentalmente al ser arrollado por el caballo de un

subalterno. Es entonces que el proyecto de la gran expedición hacia el Oriente queda en manos del virrey. Resulta interesante destacar la personalidad de éste, ya que como enviado imperial su trabajo fue organizar y consolidar el poder español en las tierras conquistadas. Sin embargo, fuera de sus obvias aptitudes políticas, se trataba de un personaje culto que sirvió al imperio fielmente y mostró gran interés por el tema del cielo. Se sabe que en ocasión de dos eclipses de Luna, observados por él, pudo determinar la longitud geográfica de la Ciudad de México. Calcular la longitud de un lugar sobre la Tierra, especialmente en alta mar, era un problema sin solución aún, representando un aspecto de la mayor importancia geopolítica para los imperios de la época. Además, Don Antonio estuvo en contacto continuo con el cosmógrafo mayor de la Casa de Contratación, Alonso de Santa Cruz, informándole sobre novedades astronómicas que observaba durante su labor de embajador imperial en Hungría y Alemania. Incluso llegó a reportar a Santa Cruz el comportamiento de la brújula en ciertos lugares de la Nueva

España para elaborar un método alternativo para precisar la longitud geográfica.

El hijo del virrey, Francisco de Mendoza, también tenía afición por la astronomía. En el Museo Nacional de Historia en Chapultepec se encuentra en exhibición un astrolabio que perteneció a Francisco, ya que está grabado su nombre al reverso y aparece el escudo heráldico de la familia. En la Biblioteca Universitaria de Salamanca, se encuentra un manuscrito que perteneció al virrey de Mendoza, nombrado, de acuerdo a lo escrito en su segunda página, "El Regimiento para la declinación del Sol". Es un documento claramente de náutica, es decir, de astronomía práctica, que pudo haber servido para preparar la expedición hacia el Lejano Oriente. Una de las misiones de ésta fue llegar a la región de las Islas Molucas o de las Especias, en la hoy Indonesia, ya que se tenía una fuerte controversia con Portugal sobre la pertenencia de esa región derivada del Tratado de Tordesillas que dividía los dominios de España y Portugal en las nuevas tierras descubiertas.

Un cometido muy importante de la expedición fue hallar la ruta de regreso a la Nueva España. Esta tarea se presentaba complicada debido al comportamiento de las corrientes oceánicas que no había permitido determinar el itinerario de retorno. El manuscrito referido contiene las efemérides solares para cuatro años a partir de 1539, también una interesante tabla de las posiciones de estrellas brillantes escrita en latín. Una tabla con la latitud geográfica de cuarenta y tres poblados en la Nueva España sugiere probablemente el lugar de origen del documento. Aparecen varias rosas de los vientos bellamente dibujadas. Finalmente se añadió un cuestionario para los capitanes de los navíos que viajan a las Indias. Aquí se plantean preguntas prácticas para comprobar los conocimientos náuticos de dichos capitanes.

Se explica en el documento que las tablas que usarían los capitanes están calculadas para un meridiano que se encuentra a mitad del Océano Pacífico. En la portada de su puño y letra el ilustre personaje escribió: "Este libro es del visorrei don Antonio de Mendoza". La expedición partió de las costas mexicanas y se adentró al Océano Pacífico al mando de Ruy López de Villalobos, quien el mismo Alvarado habría descrito como "caballero y experto práctico en las cosas de la mar". Un cronista franciscano se refiere a él como "gran cosmógrafo y diestro en el arte de el marear y fue a las Islas del Poniente". Este capitán general de la flota que fue enviada para descubrir, poblar y hallar la ruta de regreso, después de numerosos enfrentamientos con portugueses y nativos de las islas, murió en el trayecto. La expedición fracasó en su propósito. López de Villalobos fue el que nombró Filipinas a las Islas del Poniente en honor del Príncipe Felipe. Los sobrevivientes de esta aventura fueron conducidos a la Península Ibérica por los portugueses. No fue sino hasta 1565 que el navegante y cosmógrafo vasco Andrés de Urdaneta logró hallar el llamado tornaviaje, desplazándose por la corriente del Ártico. De esta manera, unió Filipinas con el puerto de Acapulco y a través de la Nueva España y el puerto de Veracruz se trasladaron las riquezas del Oriente a España durante aproximadamente 250 años.

Sin duda, el virrey Don Antonio de Mendoza jugó un papel fundamental para establecer la cultura española en México, sus habilidades de estadista prudente y humanista permitieron instaurar un cierto equilibrio entre los intereses de los conquistadores y los preceptos de la corona. Su aportación cultural se reconoce al haber introducido la imprenta, al propiciar la creación de la Real y Pontificia Universidad de México, así como al fundar el Colegio

Imperial de Santa Cruz de Tlatelolco para nobles indígenas y sobre todo al haber dictado ordenanzas para dar buen trato a los indígenas. Fundó la ciudad de Valladolid, hoy Morelia, donde se encuentra probablemente la única estatua de un virrey en México. Cuando en 1550 abandonó la Nueva España para dirigirse al Perú para convertirse en el segundo virrey en ese reino, escribió una carta a Carlos V para exponerle en forma realista sus opiniones sobre el proyecto político del emperador para el Nuevo Mundo: "Su majestad aprieta mucho las cosas desta tierra y muy de golpe, que le suplico lo mande mirar muy bien y que esto es lo que siento y no oso aclararme más porque me va mal de ello, más que tengo gran lástima de ver que Su Majestad y los del Consejo y los frailes se han juntado a destruir estos pobres indios y gasten tanto tiempo y tanta tinta y papel en hacer y deshacer y dar provisiones unas en contrario de otras y mudar cada día la orden del gobierno, siendo tan fácil de remediar con sólo proveer personas calificadas que tengan en razón y justicia la tierra". Estas ideas revelan claramente su perfil humanístico que incluyó el interés por la ciencia. "El Regimiento para la declinación del Sol" es un manual del arte de navegar utilizando los cálculos basados en la teoría ptolemaica adaptado para su uso en latitudes americanas. Probablemente es el primer testimonio escrito de la práctica astronómica occidental en México. •

Jesús Galindo Trejo es investigador en el Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM.



DESCUBRIMIENTO

¿PARA CUÁNDO EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA?

SOFÍA REDING BLASE

Extraviado pero reproducido por otros ilustradores, el bello *mapamundi* del Beato de Liébana, un monje del siglo VIII, es una exquisitez. El orden o *mundus* es señal de equilibrio entre las tres partes que conforman los territorios habitados. Incluye, además, una zona de exclusividad de la que los humanos fueron expulsados: el Edén, ubicado en el extremo derecho del mapa, en otras palabras, en Asia. Al ser una proyección de esa idea, es decir, una expresión gráfica de la ubicación de lo habitado y de lo que se desea habitar, el mapa está orientado hacia el oriente paradisíaco y no hacia el norte. Con el correr de los siglos, la representación del mundo se abultó con nuevos trazos según iban abriéndose paso por mar y tierra aquellos a quienes el Mediterráneo ya no les era suficiente para sus planes de despojo y comercio. El *mapamundi* iba alargándose conforme a los descubrimientos que producía orientar la proa hacia el oeste; un interesante ejemplo es el mapa confeccionado por Juan de la Cosa que participó en siete expediciones, dos de ellas al mando de Cristóbal Colón, quien exploraba el Caribe con la idea fija de que se hallaba en las cercanías de Japón. En el mapa de



Cosa, a diferencia de los medievales, están delineadas las Antillas que él colocó en la parte superior y coronadas por una imagen de San Cristóbal, orientando la rosa de los vientos hacia el norte y consiguiendo así que la cúspide fuera más espectacular: seguramente se trataba de mostrar a los detractores de los viajes colombinos, que en efecto había manera de llegar al continente asiático navegando en dirección opuesta a la hasta entonces conocida. En tal sentido, se puede decir que se descubrieron rutas marítimas, y que de tal hallazgo nació una cartografía inédita que, al igual que lo harían Copérnico, Brahe y Kepler respecto de los mapas celestes, implicó un desplazamiento: mar, tierra y cielo, no eran como habían sido imaginados hasta ese momento; la propia realidad, mejor observada gracias a instrumentos que enfocaban con mayor nitidez que el ojo humano, exigía que la *Ecumene* tripartita se ensanchara para dejar lugar a un *Alter Orbis*. Esto lo probó un navegante florentino cuando contrastó los datos de los que usualmente se echaba mano, con la inédita realidad que irrumpía ante sus ojos. De manera contundente afirmó en una carta dirigida a un miembro de la familia Medici, que las tierras que hoy llevan su nombre de pila en femenino, componían un Nuevo Mundo.

Decir “se topó” o “tropezó” no aplica a los viajes de Vespucci porque ciertamente descubrió, esto es, reveló la existencia de un continente que no tenía lugar en aquel mapa del Beato de Liébana, y que por aquel hallazgo suyo relegó al Mediterráneo para que en su lugar apareciera el mar Caribe, hasta entonces excéntrico por quedar en márgenes inabarcables. Ahora bien, ¿qué puede decirse del Almirante Cristóbal Colón? Al inicio del contrato firmado entre él, representado por fray Juan Pérez y Juan de Coloma a nombre de los Reyes españoles, y que son las Capitulaciones de Santa Fe, ya se le atribuía a Colón el carácter de descubridor al modo de una épica narrada por adelantado: “Las cosas suplicadas y que vuestras Altezas dan y otorgan a don Cristóbal de Colón, en alguna satisfacción de lo que ha descubierto en las Mares Océanas y del viaje que ahora, con la ayuda de Dios, ha de hacer por ellas...” ¿Descubierto?, ¿acaso había llegado a las Antillas antes del 17 de abril de 1492 cuando fueron signadas las capitulaciones? Detenerse en la redacción de los *ítems*, ayudaría a esclarecer la interrogante que, por cierto, llevó a Juan Manzano y Manzano a escribir su polémica obra



Colón y su secreto (1976) en la que afirma que al Almirante le informó un marinero de Huelva sobre ciertas islas. No obstante, ni aquel andaluz de nombre Alonso Sánchez ni el Almirante, supieron de la existencia de América, lo que los pone en la misma situación que los vikingos o San Brandán o aquel Túpac Yupanqui que habría llegado, sin saberlo, a Polinesia por las mismas fechas en que Colón arribara a las Antillas menores, en 1493.

De igual manera vale la pena apuntar que en las mismas capitulaciones se utilizan como sinónimos “descubrir” y “ganar” cuando en la primera cláusula se nombra al genovés (aunque haya quien afirme que era gallego o catalán) Almirante “de las dichas Mares Océanas” de las que, sin mediar concesión de quien fuera, se proclaman los Reyes españoles como sus señores. Estos detalles, que parecen menores cuando no lo son, en definitiva nos llevan a reflexionar respecto de lo que significa descubrir. Y lo cierto es que cada año, cuando nuestro calendario marca el 12 de octubre, saltan en Iberoamérica resortes de vanagloria como también de indignación que no nace del “descubrimiento” en sí, sino de la carrera por el despojo que arrancó y aún no se detiene: descubrir y ganar, como lo señalan las capitulaciones santafesinas, ciertamente aparecen como sinónimos.



Lo que siguió tras 1492 fue una episódica amistad, pero más aún la proclamación de la enemistad, objetivada en el inadmisibles Requerimiento (1513) elaborado por Palacios Rubios, que no fue más que la exigencia de sometimiento. Así pues, no hay que confundir descubrir lo que estaba oculto, o era ignorado, y conquistar, o elaborar, fábulas sobre islas cuya ubicación quedó en las sombras de mitos y leyendas. Al respecto, escribió Germán Arciniegas en su *América en Europa* (1980) que Colón navegaba hacia la realidad mágica, es decir, hacia tierras pobladas por la fábula; América era algo “made in Europa” porque no iba en búsqueda de la novedad, sino de la confirmación de lo ya fabulado en el Viejo Mundo. Derivado de aquello, nos hallamos ante la necesidad de interpretar, de nueva cuenta, no sólo el significado del término “descubrimiento” —que es central en el ámbito tecnocientífico— sino también sobre los alcances éticos de lo que se descubre y el beneficio que conlleva hacerlo. En el caso de 1492, fecha emblemática, es preciso analizar qué consecuencias tuvieron determinadas concepciones acerca de lo humano, pero también de aquello considerado como inhumano o, al menos, de una categoría inferior, subalterna a aquella que, a partir del hallazgo de América y el Caribe, tomó el mando de los destinos ajenos. Cómo fue que se llegó a eso, es algo que tiene que ver con el modo en el que el ojo occidental enfocó a las poblaciones que halló: la vista

se fijó en las riquezas naturales y en los cuerpos, pero también se temió el mal de ojo, es decir, la amenaza de quedar prendado por un objeto cautivador, un cuerpo catalogado de malo por cuanto se alimenta de otros cuerpos. Me refiero, por supuesto, a la práctica del canibalismo. Con la salvedad de Vespucci, que aseguró haber presenciado el asesinato de un tripulante por parte de unas mujeres y su posterior cocción, ningún otro navegante se atrevió a dar por cierto lo que algunos antillanos temían: que los malos salvajes se comían a sus enemigos. Pero lo cierto es que las imágenes que propagaron los ilustradores de los talleres de Teodoro de Bry, sirvieron para legitimar que lo descubierto no era sino una excepción horrorosa e inadmisibles para la familia adámica. Y cuantas más poblaciones hostiles al programa occidentalizador se hallaban, más seres humanos eran etiquetados como caníbales. Que ello haya derivado de un invento, llevó a que Edmundo O’Gorman rotulara un libro suyo con el título *La invención de América* (1958), en el cual analiza la invención del ser latinoamericano, primero como una calca de Asia y más tarde como un remedo de España.

Más todavía: no sólo se inventó que América era mala, sino también intrínsecamente buena. El mito del buen salvaje encontraba en estas tierras, todo lo necesario para resurgir y servir de contrapeso a los hechos de despojo y violencia. En él se apoyaron los franceses, por ejemplo, para reclamar ver el testamento de Adán y exigiendo que el Papa, España y Portugal, explicaran los motivos por los cuales se les excluía del reparto del botín, aportando con ello más hilos para tejer la leyenda negra. Así, lo que descubrimos o se destapa, es que la forma de narrar los hechos históricos que nos competen es bastante retorcida; incluso cabe la sospecha de que el engaño es adrede y que algo turbio se esconde detrás: me hago eco de lo que en este sentido escribió María Zambrano en *Persona y democracia* (1958), a saber: que a la historia hay que entenderla como si fuera un caso criminal. La evidencia obtenida a través de diversos estudios, nos señalan que el acontecer americano ha sido encubierto muchas veces y por demasiado tiempo. Tengamos ello en mente, para que en lugar de pensar en sustantivos, lo hagamos en gerundios; así el avance en la interpretación nos permitirá ir descubriendo América, y comprender su complejidad. •

Sofía Reding Blase es investigadora en el Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe de la UNAM.

DESCUBRIR EN ARQUEOLOGÍA

JUAN BLÁNQUEZ PÉREZ

Son más de cuatro las décadas que he dedicado, dentro de mi trayectoria laboral, a la Arqueología; tanto en lo que a investigación se refiere como a la docencia universitaria. Parecen suficientes años, en la vida de cualquier persona, como para permitirse —pienso— reflexionar sobre las muchas cosas acontecidas y situaciones en las que nos coloca la vida. Es, en este sentido, oportuno hacerlo aquí acerca de una palabra siempre rodeada de especial halo en la investigación arqueológica. Nos referimos a qué supone para nosotros el hecho de “descubrir” o protagonizar un determinado “descubrimiento”; términos derivados uno del otro y ambos claramente diferenciables de lo que también acontece en el mundo de la investigación.

Vaya por delante que, si hasta ahora hemos generalizado —la Arqueología, los arqueólogos— lo que a continuación el lector va a leer corresponde a inevitables experiencias personales apoyadas, eso sí, en un largo bagaje de excavaciones tanto en el mar (subacuáticas) como en la tierra.



Un punto de partida para nuestras reflexiones es la definición normalizada por la Real Academia Española desde 1780, en lo que a lexicografía se refiere. Así, en lo referido a “descubrir”, palabra procedente del latín tardío, en su tercera acepción apunta: “hallar lo que estaba ignorado o escondido...” y, en cuanto al descubrimiento, lo sentencia como lógica consecuencia de la acción y efecto de descubrir. Aparentemente, el círculo queda cerrado. Pero, a partir de ello, es mucho lo que desde la subjetiva mirada de un arqueólogo podemos añadir y enriquecer su significado

Las consideraciones que paso a escribir o, mejor dicho, a describir están hechas desde el interés personal por poner en evidencia cómo, en las constantes miradas que hacemos al mundo que nos rodea, éstas vienen determinadas por la irremediable necesidad de encajarnos en dicha realidad. Es, en cierta manera, una manera psicológica más de asegurar nuestra supervivencia en un entorno subjetivo y poliédrico, es decir, de múltiples acercamientos y de diferentes —si bien simultáneas— interpretaciones.

Al día de hoy, como decíamos al inicio, nuestras casi cinco décadas de investigación de campo y su necesaria continuidad en el laboratorio —la Arqueología de hoy es, básicamente, analítica— nos ha permitido “encontrarnos” en bastantes ocasiones con descubrimientos reseñables. No en balde somos una ciencia experimental y la excavación una de las más fundamentales fuentes documentales con las que elaborar nuestro discurso científico. Así pues, descubrir con método científico es una práctica en nuestro campo de trabajo, hasta cierto punto, habitual.

Sin embargo, y aunque pudiera parecer contradictorio, la Arqueología es una ciencia con metodología propia. Investigamos, no descubrimos. Lo segundo es consecuencia ordenada de lo primero y yo, personalmente, busco conocimiento, no objetos. Lo contrario sería dejar nuestras actuaciones en manos de la casualidad o del destino. Es el rigor metodológico —interdisciplinar— lo que nos permite trasladarnos al pasado, da igual que éste sea lejano o inmediato en el tiempo, pues se trata de un “viaje” de ida y vuelta.

Pero no pretendemos hacer aquí un alegato de nuestra actividad laboral, tan sólo generar un oportuno marco teórico en el que dar cabida y respuesta a dos preguntas fundamentales de nuestro trabajo: qué sentimos al descubrir y cómo concebimos un

“descubrimiento” arqueológico. Cuestiones apasionantes, a la vez que de endiabladas respuestas. Matices difíciles a la hora de matizar, al igual que sucede —valga el ejemplo— a los estudiantes anglosajones a la hora de diferenciar entre el “ser” y el “estar”.

Prospectamos en el campo, excavamos en los yacimientos arqueológicos y protagonizamos descubrimientos. Parece una sencilla escalera de tres escalones, pero no es ésta una lectura correcta. De hecho, lo último que se acomete es la llegada al campo, piqueta en ristre, dispuestos a “desenterrar el pasado”. Es ello una visión, más bien romántica, originada en la Europa del siglo XVIII, asentada en España tardíamente, a principios del siglo XIX. Habitual en todo el pasado siglo XX, hoy está totalmente superada, si bien no del todo incluso por parte de las tradicionales ciencias puras.

La investigación arqueológica y, derivada de ello, los potenciales descubrimientos que se pueden suceder, no es hoy un camino abierto a sorpresas, a la suerte o al siempre “providencial” dedo divino. Es fruto, que no siempre se consigue, de tesón en el trabajo, de aplicar rigurosas metodologías y caras analíticas... pero al que se viene a sumar, lamentablemente, un último factor, que no podemos racionalizar y que, coloquialmente, llamamos “suerte”. Presente en toda investigación científica, las carreras de ciencias lo encuadran en un natural “ensayo-error” pero, de manera equivocada, en las Humanidades dichos términos se cambian por los de “hallazgo o fracaso”. Convendría reflexionar sobre este cambio de léxico. Por mucha matemática o estadística que apliquemos, no se sabe determinar, al 100 por ciento, por qué nos toca —o no— la lotería; de lo contrario todos seríamos ricos.

Existen, para este factor, palabras como “suerte” (no es racional); “intuición” (es previo a la investigación); “elegido” o “predestinado” (determinismo, que no debemos aceptar en la Ciencia). Personalmente no sé explicarlo de manera científica pero no desecho, por ello, que no exista; sólo que no sé explicarlo.

Son varios los procesos que hoy tiene la investigación arqueológica —junto con las circunstancias que la rodean— que nos conducen al “descubrimiento”. Coherente con ello, son también diferentes las sensaciones y la repercusión social que los mismos conllevan. Absurdo sería negar cómo nuestro cerebro, ante un descubrimiento significativo, desarrolla una serie



de reacciones —positivas— que, desde nuestra ignorancia en este campo, de manera genérica yo equiparo a una inyección de “endorfinas”; un verdadero estado bioquímico que nos proporciona una sensación inequívoca de felicidad. El corazón —no lo dude el lector— late con fuerza, nuestra concentración se acentúa y una sonrisa nos delata: tanto esfuerzo y trabajo, tanta metodología, tanta perseverancia han alcanzado su recompensa: un descubrimiento.

Al descubrir captamos una nueva realidad —lo no conocido hasta ese momento— que nos permite construir un nuevo escenario en nuestro saber y, por ende, relativizar el poder de “las grandes verdades”; algo que un científico, por principio, siempre ha de tener presente. Así, al caer “la dictadura de la verdad”, penetramos en el campo del descubrimiento. A su vez, lo descubierto —fruto de la ciencia aplicada— puede repercutir de manera positiva en la sociedad y, cumplida esta función social queda legitimada la investigación.

Es conocido cómo de aquellas personas que poseen especial habilidad en el cuidado de las plantas se dice que tienen “mano “verde” para las mismas. Pues bien, creo, con modestia, tener “mano arqueológica” en el trabajo de campo que para nada supone obviar la imprescindible necesidad de haberme acompañado de un método y de una metodología arqueológica. Valga, como ejemplo, suponer que arquitectos o cirujanos levantan rascacielos o realizan trasplantes por suerte y mera intuición. El trabajar en equipo, el concepto transversal de nuestra investigación, la minuciosidad en el trabajo suelen ser buenos imanes a la hora de encontrar el éxito. Ello es lo que da fiabilidad a los resultados, lo que permite proponer hipótesis argumentadas y no convertir la ciencia arqueológica en una mera cuestión de hallazgos. No se trata de encontrar, sino de entender.

Al mismo tiempo, y sin ser contradictorio, defendemos que un científico, da igual que sea de Letras o Ciencias, no debe rechazar tener imaginación; es una cuestión fundamental en la mente de cualquier científico. Pero no como una cualidad en sí misma sino, más bien, como base imprescindible para aplicar la adecuada metodología con la que poder defenderla ya con argumentos. Se pasa, así, de la opinión a la argumentación.

Pero si con estas palabras he querido transmitir al lector mi percepción como arqueólogo sobre el hecho de descubrir, de

protagonizar un descubrimiento, vayan como final dos ejemplos concretos.

El primero de ellos ocurrió al inicio de mi carrera científica, en la década de los años 80, en una necrópolis ibera del siglo V a.C. Sobre una de sus tumbas tumulares apareció la escultura de un hombre a caballo. Destruída ya en su época y fragmentada más aún por el paso del tiempo y por las rejas de los arados, lo primero que apareció fue su rostro que, con una mirada fría —los iberos no marcaban las pupilas de los ojos— salía a la luz 26 siglos después de su tallado. El aparecer primero la cabeza, luego el torso, fragmentos del cuerpo del caballo... nos anticipaba que la práctica totalidad de la escultura debía estar allí enterrada. De hecho, el pedestal apareció colocado en su sitio original. Habíamos descubierto una de las mayores esculturas iberas colocada en su sitio original.

Pero, como ya hemos apuntado, al valor objetivo se sobrepone hoy su interpretación conceptual y contextualizada. Tras una adecuada restauración quedaba “al descubierto” la ubicación original de las esculturas de aquellos aristócratas —peinados como *kuroi* griegos— coronando sus tumbas tumulares. Y que como toda manifestación de poder —entendamos la escultura ibera como una herramienta al servicio de la élite, no como una cuestión estética— fue destruida dentro de las convulsiones sociales que asolaron los pueblos iberos del Levante. Dos acertados golpes en su mejilla izquierda materializan la muerte de su alma.

El segundo ejemplo, en contraposición, es mucho más reciente, sucedido en la década de los años diez del presente siglo XXI. Nos referimos al descubrimiento de la muralla feniciopúnica de la ciudad de *Carteia*, en San Roque (Cádiz), fechada en el siglo VI a.C. Su “descubrimiento” fue progresivo, llevado a cabo a lo largo de dos campañas de excavación. Buscábamos el recinto murario en el sector oeste de su urbe y lo encontramos.

Pero, de nuevo, ha sido su interpretación más allá de sus características constructivas lo que, realmente, dimensiona este descubrimiento. Arroja conocimiento y una lectura renovada de la historia poblacional —colonial— de la antigua Bahía de Gibraltar, hoy de Algeciras. Investigar, descubrir, renovar el conocimiento. Ser científicos a través de la Arqueología. •

Juan Blázquez Pérez es catedrático en la Universidad Autónoma de Madrid.



VIAJAR, DESCUBRIR Y EXPLORAR

Experiencias enriquecedoras

HORACIO CERUTTI-GULDBERG

En contra de lo que se ha casi ‘inmovilizado’ en la referencia a los temas de viaje, descubrimiento y exploración, restringiéndolos a violencia, conquista, dominación, imposición, tergiversación, etc., nos gustaría destacar la relevancia de estas experiencias como ocasiones para encontrar y examinar nuevas dimensiones no conocidas o no tomadas en cuenta en los modos habituales. Por sólo mencionar algunos ejemplos decisivos, conviene recordar (sin orden cronológico) el Viaje del Che, los aprendizajes de los Libertadores en relación a Descubrimiento y la Exploración de Alexander von Humboldt. Estas experiencias no se han quedado en el vacío, sino que han tenido en los forzosos exilios más aportes a la historia de Nuestra América. Incluso podríamos decir que de negativos a positivos.

Aquí estamos y tenemos estas posibilidades tan enriquecedoras de avanzar en conjunto hacia la construcción de otro mundo no sólo posible, sino indispensable frente a confirmadas catástrofes ecológicas, técnicas, acuíferas; excesos de carencias: hambruna, habitación, salud, educación, trabajo digno; males: corrupción, violencia, agresiones de género, raza, clase; problemas de identidad, migraciones forzadas y un larguísimo etcétera.

Revisemos rápidamente algunos de los antecedentes mencionados. El viaje de Humboldt le permitió acceder a la maravillosa complejidad y riqueza natural y cultural de un mundo que no podía quedar restringido



a la esquemática visión de su región de origen. Frente a la petulancia de una zona del globo que se autorreconocía como el ombligo de todo lo habido y por haber —desconociendo, justamente, eso habido y por haber o retringiéndolos a sus esquemas y limitaciones culturales—, Humboldt desarrolló la experiencia de las diferencias, novedades, otras formas de vida, otros estilos, creencias, regiones, ideales. Así, su forma de acceder a la vida se modificó y enriqueció de modo espectacular y para ello basta con acceder a sus testimonios cuidadosamente anotados. Y conste que escribimos desde la que denominó como “Ciudad de la Eterna Primavera” (de por sí algo inimaginable en su zona de origen), aunque ahora terriblemente sea la de la ‘eterna balacera’....

Entre los Libertadores, primero hay que mencionar a Simón Rodríguez, Maestro del Libertador Simón Bolívar. Sus descubrimientos y viajes le ayudaron a comprender nuestra región del globo y cómo había que relacionarnos con nuestro entorno y, sobre todo, qué es lo que necesitábamos. Así, también Simón Bolívar pudo ir descubriendo cómo y dónde nos encontrábamos y qué podíamos hacer. Lo mismo podemos decir del General San Martín, quien sólo recorriendo paso a paso la región fue aprendiendo cómo desarrollar estrategias y tácticas adecuadas. Y así podríamos alargar la lista con personajes tan importantes como Artigas, Miranda, O’Higgins, Belgrano y una muy extensa lista en la cual tendríamos que incluir también a importantes mujeres que ayudaron a gestar descubrimientos muy estimulantes: Josefa Ortiz de Domínguez, Manuela Beltrán, Policarpa Salavarrieta, Josefa Canelones, María Antonia Santos Plata, Remedios de Escalada, Mariquita Sánchez de Thompson. Seguramente estos nombres parecerán muy raros y, por supuesto, poco conocidos y menos reconocidos. Examinar el papel de las mujeres en nuestra historia resulta tarea clave y exige formar parte de la historiografía para de veras acercarnos a lo que fue y es el proceso dentro del cual nos encontramos. En general siempre se habla de héroes, pero casi nunca de heroínas y sin ellas sería imposible que hubieran avanzado diversos procesos de emancipación.

El caso de Ernesto Guevara permite avisorar también la riquísima experiencia del viaje. Subido a la moto, el Che pudo ir conociendo la diversidad enjundiosa de Nuestra América —como le gustaba denominarla a José Martí— y, viniendo de un pueblo lejano del sur, llegó hasta la frontera con el ‘Gigante Maligno’ del norte para poder avanzar en la lucha tan anhelada de liberación. De pronto, abordó una isla muy poco considerada en el mapa de la región, la cual se convirtió en un polo de referencia decisivo para Nuestra América y el resto del mundo. Un viaje así se volvió clave para poder gestar una transformación geopolítica impensable en términos de capacidad de fuerzas, de número de población disponible y de ubicación geográfica. Lo cual mostró —y nos sigue mostrando— la inmensa cantidad de posibilidades y de potencial a desarrollar que nos forma. La dificultad es que seguimos formateados o, mejor,

de-formateados por lo que los supuestos medios de información (más bien de *desinformación*) nos han introyectado y que a pesar de ser la mayoría fake news, siguen presentes como si nos explicaran cabalmente lo que ocurre.

Por ello, la invitación abierta es a asumir responsabilidades y revisar nuestro pasado para comprender mejor nuestro presente y ampliar las formas de construir futuro procurando garantizar vida y dignidad para todas y todos los seres vivos.

Estas enriquecedoras experiencias de viajes, descubrimientos y exploraciones mencionadas también han alimentado en una historia más reciente, aunque sin olvidar las pasadas —obviamente de un modo forzado— los exilios. Estos exilios han sido intensos y la violencia resultó estremecedora. Sin embargo, se constituyeron más que en destierros, en transtierros, para retomar las reflexiones del transterrado español en México, el maestro José Gaos. Justamente nuestra UNAM fue uno de los ámbitos receptores de muchos y muchas de estos exiliados de la Guerra Civil Española y de las dictaduras en nuestras regiones. Y no sólo permitió sobrevivir, sino que hizo posible una tarea de servicio ennoblecedora para quienes aquí seguimos.

Lo que no podemos descuidar, como parte de estas breves reflexiones que sólo invitan a prestar atención a estos eventos pasados para poder quedar en mejores condiciones de aportar en nuestro presente a la construcción de un futuro alternativo, es la situación inmoral e inhumana de las y los migrantes. Obligados a buscar sueños, muchas veces sólo *evasivos*, se ven en situaciones de camino hacia la muerte. Así, brutalmente como se oye. ¿Qué hacer? ¿Cómo ayudarlas y ayudarlos? ¿De qué modo se puede mostrar una atención humana auténtica?

Pareciera que todas las supuestas *reglas* (hasta se las considera *leyes*) más que colaborar humana y vitalmente, sólo atrancan y obstruyen cualquiera alternativa digna. Y es que este sistema en que nos encontramos en el mundo entero no tiene ningún interés por eso. Sólo importan los buenos resultados de negocios y la mercantilización de todo lo habido y por haber. Cosificados de este modo y en medio de un neoliberalismo que se confirma como neo-anarco-liberal-conservadurismo (en los peores sentidos de estos términos), lo único que nos resta es buscar formas de transgredir los marcos de este sistema y construir un mundo otro donde la solidaridad, las actitudes fraternas y sororarias, la convivencia respetuosa, el reconocimiento individual y colectivo sean las pautas que nos permitan plenitud vital y sobrevivencia en armonía con la naturaleza y con todo lo que nos rodea y constituye.

Mucho por hacer y para eso pensar resulta también parte de la tarea y del quehacer plenamente político en el mejor sentido del término. Somos historia y la historia también la hacemos. ¡Asumamos nuestras responsabilidades e intentemos ese otro mundo deseable y posible! •

Horacio Cerutti-Guldberg es investigador en el Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe de la UNAM.

Hacia un nuevo principio de esperanza

DEMIAN ERNESTO PAVÓN
HERNÁNDEZ

*Las utopías son como las estrellas,
inalcanzables, pero nos sirven de guía*
Michel de Montaigne

Hablar de la utopía desde un tiempo de desencanto es una tarea de valientes, de esperanzados. En este momento, este país y el mundo cambian velozmente/vorazmente, como pocas veces se ha visto en la historia: lo anterior vuelve menester recuperar el sentido utópico, resignificarlo. Esperamos lo peor, cuando podríamos comenzar a imaginar lo mejor. El aceleramiento de múltiples procesos locales y globales —de al menos 20 años atrás— nos ha dejado perplejos, naturalmente, pero muchas veces también sin capacidad de reacción. De ahí la importancia de tomar la decisión de pasar del miedo a la esperanza.

Hablemos de esperanza en un sentido filosófico. Entendamos su potencial transformador en el espíritu, sobre todo en tiempos sombríos, precarios y de un nihilismo disgregado que no sabemos cómo llegó a insertarse tan profundamente en la humanidad. Vivimos en una época que no sabe porque no cree, si se me permite la paráfrasis a Bernardo Soares. Hablemos pues, de esperanza más allá del idealismo del término: podemos entenderla en su sentido de semilla, o ente-lequia (diría Aristóteles), para cimbrar las grandes transformaciones sociales.

Comprendamos a la esperanza en su papel destructivo de lo injusto y de

la iniquidad que ensombrecen nuestra vida cotidiana. Esta es una tarea que requiere crítica constante, reflexión considerada en cada acción que se tome y, sobre todo, una voluntad infranqueable. Sin un cauce concreto, precisamente dirigido a la esperanza, ninguna revolución social es posible: no solamente requerimos de un porvenir, sino de un porvenir dirigido que, al tiempo de pensarse, pueda verse en la realidad.

La pregunta inicial es importante: ¿cómo construir una utopía? Y más allá de eso, ¿cómo construir una *utopía concreta* que permita transitar del miedo a la esperanza? Parto del término del filósofo marxista Ernst Bloch, quien me acompañará durante estas páginas, como un consejero y guía, que responderá algunas de mis preguntas sobre el miedo.

Escribo también, desde mi comunidad universitaria. La juventud es una época que precisa cuestionamientos y cierto valor para hacerles frente: he meditado últimamente, la gravedad de no ser auto-reflexivo en la etapa vital que configura nuestro carácter. Considero una tarea ética que implica compromiso con los demás. Hablar desde la UNAM es y ha sido un privilegio al que pocos, todavía, tenemos acceso. El empeño que pongo en escribir se sustenta, en buena medida, en la contemplación del otro como un arranque, como mi balance necesario para dirigir las ideas: a medida que expongo lo que hay dentro de mí, hablan los demás. Soy un otro.

No podemos pensar que el gran cambio político que significó el primer gobierno de izquierda en México el pasado 2018 sea un proceso consumado. Sería una inocencia imperdonable, de hecho. En sí, la búsqueda democrática se cimienta gracias a la posibilidad de una práctica cotidiana de los valores y preceptos de este sistema de gobierno, tal como lo pensó Platón en la sociedad helénica. Pese a este planteamiento, ninguna sociedad ha llevado

a la práctica de manera perfecta el ideal democrático, me parece que fue Rousseau quien dijo que el modelo de la democracia pertenece a los dioses porque expone la fragilidad de los hombres. Suscribo, pero no fatídicamente, dado que el hecho de lo imposible no debe plantear una barrera, sino estimular nuestras expresiones.

Es usual, en tenor de lo anterior, criticar antes que intentar construir, es mucho más fácil caer en el fatalismo que dirigirnos a la búsqueda de plantear escenarios óptimos para salir adelante en conjunto. Este gobierno, al menos en sus primeros meses, ha sido uno de los más criticados por la prensa nacional; al tiempo, las críticas de diversos sectores de la sociedad civil —especialmente de derecha— no se han hecho esperar. No me sorprende que un movimiento político que apueste a los pobres sea criticado por los ricos, lo que me deja perplejo es el silencio del que a veces somos parte en esta confrontación los estudiantes universitarios y jóvenes mexicanos que tarde o temprano, vivimos los efectos del campo político.

El cambio, diría Derrida la *deconstrucción*, no es una acción instantánea, plantea la necesidad de observar el proceso. Muchos han sido los reclamos contra la baja efectividad de resolver de inmediato problemas que llevan años gestándose. El recambio que se plantea es naturalmente violento para el *status quo* precedente, exige tesón y firmeza. Si bien es cierto que el sistema político adquirió un cauce ideológico radicalmente distinto, no cambió todavía en lo esencial... aunque se aspira a ello. La transformación del sistema político solamente se puede conseguir con una paulatina y consustancial transformación social, que podemos comenzar a ver, en sus raíces.

Cada sociedad a lo largo de los siglos ha enfrentado sus propias

problemáticas y en tenor de lo anterior, ha buscado confrontarlas o las ha dejado destruir sus cimientos. La organización de la propia utopía aquí es primordial. Para Ernst Bloch la utopía no puede construirse sin principios de fortalecimiento inherentes. La utopía no es una broma, la esperanza tampoco, menos aún a medida que comprendemos que muchas vidas dependen de la efectividad de una y otra. Incluso el caos aquí requiere un orden. Y aquí el orden que se plantea es el del compromiso mutuo, del que acompaña y sabe plantear lo hospitalario: una de las grandes maneras de expresar que el miedo, perenne en tiempos infaustos, ha quedado atrás es la capacidad que tengamos para dar ayuda a los demás. Regresaremos a este último punto más adelante.

Ahora toca a nosotros, jóvenes conscientes de nuestro papel en la historia, responder las preguntas de nuestro tiempo y más importante aún, formular nuestras propias inquisiciones a manera de compromiso con el futuro.

Hay al menos tres problemas globales que hoy se ponen en la agenda inmediata y que quisiera nombrar para después cruzar sus manifestaciones con lo que sucede en México. No olvidemos que, gracias a la consciencia histórica podemos percibir un porvenir.

El primero de ellos es el que comprende la preocupante y urgente necesidad de responder a los múltiples problemas con relación a la ecología: calentamiento global, contaminación, agotamiento de recursos naturales, etcétera. Este problema atraviesa diversas dificultades que responden a decisiones políticas nefastas, como las expuestas por el presidente de Brasil o el de Estados Unidos; así como un voraz consumo de los bienes que nos proveen la tierra y el mar, fundamentado en lo esencial en el modelo capitalista de producción económica. Nos

encontramos ante un problema que ha planteado escenarios caóticos en el futuro, ¿cómo pensar esta situación desde la esperanza y no desde el miedo? La primera respuesta sería, con la acción inmediata e irreversible para atender el problema. Si no podemos regular las decisiones políticas o empresariales que conducen este desastre, podemos cambiar nuestros hábitos e intenciones con relación a lo que vemos día con día. No sobra decir que junto con esto, podemos sumarnos al reclamo y la insatisfacción ante el sentimiento destructivo que hoy ya no puede sostenerse en ninguna parte.

La esperanza en este caso, es lo único que puede salvar a la tierra, la tierra que nos provee de calma como dijo Byung-Chul Han, y que nos abandona cada vez más. Más que otra cosa, ponderar aquí la sorprendente y creciente capacidad crítica que la juventud sostiene con respecto a la salud del planeta. Pensemos en la popular luchadora social ecologista sueca, Greta Thunberg. Esto provee de esperanza.

El segundo problema global que ubico y que llama a la reflexión es la migración. Las políticas globales atraviesan un momento crucial, pues tal y como predijo el sociólogo Zygmunt Bauman, el gran problema de nuestro tiempo será el del multiculturalismo. La comunicación efectiva entre pueblos, cultos y tradiciones, es un reto al que tanto sociedad como gobierno deben atender. Si somos honestos, aquí estamos más atrasados que la vanguardia. Las políticas de contención migratoria aún dejan mucho qué desear. Al tiempo, las políticas de odio, públicas o privadas, se agudizan en diversos sectores del mundo. El odio al otro se acentuó cada vez más desde la caída de las Torres Gemelas en Nueva York, tesis planteada por el filósofo André Glucksmann que podemos recuperar para sostener que este odio se ha convertido ya en un dolor de cabeza para cualquier propugnador de la paz.

El odio que deviene en miedo, enemigo natural de la esperanza. Pensadores tan eminentes como Slavoj Žižek, encuentran que esta situación conduce al individuo común a vivir en un estado de estrés y sobre todo, ansiedad constante. La ansiedad es la gran problemática psicológica de nuestro tiempo. Y con ella encontramos quimeras peores: depresión, obesidad, psicopatías más graves. Hay que entender que, como bien ha señalado Žižek, los individuos sufrimos el sistema al que pertenecemos.

En contraste con lo anterior habría que decir que el tema de los migrantes es, pese a todo, puesto en la mesa en nuestro país. En principio, la Ciudad de México cuenta con una Ley de Hospitalidad que ha resuelto diversas situaciones con relación a la población migrante. Esta ley pone a la vanguardia a nuestro país con relación a prácticamente todo el mundo. Repensemos sólo un momento la hospitalidad, ¿por qué ofrecerla? Porque hacerlo es dotar de esperanza, pero también de porvenir a los demás. Una sociedad que no aspira a la hospitalidad no puede alejarse del miedo, del miedo a la diferencia, del miedo a sí misma.

Finalmente, hablemos de un tema que es cada vez más pujante —y qué bueno— en cotidianidad: la lucha de las mujeres por justicia y reconocimiento social. Han sido las recientes manifestaciones de mujeres en la Ciudad de México y algunas ciudades del país, las que han llevado a la conclusión de que éste es uno de los grandes puntos pendientes en México y cualquier otro país. La voz de millones de mujeres reclama diversas causas: fin de la violencia masculina, resolución de castigos y otorgamiento de justicia, igualdad de derechos y salarios, entre otras. La voz de la que hablo no tiene un sólo rostro, pertenece a mujeres históricamente oprimidas,

que requieren ser escuchadas y que hoy como nunca, hay que ponerlo también en balance, tienen los medios de expresión para hacerlo.

Es una desgracia que todavía queden pendientes temas cruciales como el aborto legal en los congresos locales en México. Si bien, la capital de nuestro país avanza con pasos firmes en dotación de derechos humanos, hay un abismo de diferencia con respecto a las circunstancias en provincia. Las tareas irán en avanzada, no me queda duda. Las mujeres abren los ojos cotidianamente y alzan la voz. La voz que se hace más fuerte, que opaca las palabras del discurso vacío del machismo, un machismo que se convierte en una reliquia, en la imagen de un político viejo repleto de retórica pero sin nada qué decir realmente.

Especialmente nos da esperanza pensar en el lugar al que conducirán estas luchas femeninas. Apuntan a una sociedad más justa, más emparejada en cuestiones cruciales. Apuntan a un cambio profundo en las conciencias de cada uno de nosotros: algo se empieza a percibir en el aire de cada una de estas protestas, un hartazgo que puede conducir a políticas efectivas y prácticas cotidianas que no den lugar a regresiones.

En este caso, las mujeres se cansaron del miedo y optaron por la esperanza. Me congratula su marcha, su grito y sobre todo, su unidad. Yo no puedo más que tomar mi distancia, consciente que jamás tendré en mi interior las inquietudes y necesidades de una mujer. Yo no puedo más que ser solidario con las mujeres que aún veo sufrir y resistir al miedo todos los días, acaso convencidas más que nunca, de su esperanza. Ellas piensan que el mundo puede cambiar y por ello van a cambiar el mundo.

El problema en nuestro país es que el miedo está tan arraigado que no

permite despuntar libremente a la esperanza. Y que la esperanza, por más que la busquemos, nunca será plena, porque vive de resistir. La lucha en todo caso, se plantea como un campo de batalla constante y que no permite mayores distracciones. Ciertas cosas hay que merecerlas, si recordamos a Cortázar.

México vivió aturrido políticamente prácticamente un siglo. Imaginémosnos a la patria como un organismo vivo, tal como hizo Octavio Paz en *El laberinto de la soledad*. De tal forma, encontramos que un miedo tan persistente precisa de un tratamiento de fondo para transitar a su salida. La esperanza naturalmente, es el *quid* requerido para tan monumental tarea. Escribimos a diario nuevas recetas para enfermedades que surgen y que surgirán. La tarea debe sostenerse y además, ligarse a las generaciones próximas.

¿Cómo se vivió el cambio del miedo a la esperanza? Pienso que el pretérito no es un tiempo verbal adecuado. Sería mejor encontrar la pregunta en el presente, dado que este tránsito se vive actualmente, se trabaja para que se viva y requiere fomentarse para que cuando no estemos, haya quien sea capaz de luchar por la esperanza. Porque al decir que se vive el cambio, somos parte de él y tenemos elementos para pertenecer, para no desligarnos.

Hemos visto ya que el cambio puede plantearse, que las utopías son realizables como pensaba Aldous Huxley. El principio de cambio, incluso del gran cambio político que vivimos en 2018, es social. Fueron las personas, con nombre y rostro, quienes cambiaron al país y quienes seguirán cambiándolo. Esta idea, repuntada por el eminente sociólogo Boaventura de Sousa Santos expone que los grandes movimientos de nuestro tiempo permiten dar cuenta que la política efectiva se demuestra en las calles. Y en esta línea podríamos continuar y decir: la esperanza efectiva se demuestra en las calles y sencillamente, se expone en los órganos institucionales.

El maravilloso Ernst Bloch fue uno de los mayores impulsores de la esperanza como un principio fundamental en medio de las crisis sociales. A él le tocó sufrir el nazismo. A nosotros nos corresponde establecer un nuevo principio de esperanza que corresponda a las exigencias de nuestro tiempo. Es tiempo de que sea tiempo. Jamás en nuestra historia tuvimos las cartas tan a nuestro favor, y ahora no sólo hablo por la juventud universitaria a la cual correspondo, sino a cada hombre, mujer, niño, adulto mayor o cualquier persona que decida cambiar al país. Jamás estuvo tan presente la idea de que el cambio es parte de nosotros.

Intenté a lo largo de estas páginas no incurrir en ningún acto proselitista y mucho menos partidario, en pos de mi espíritu universitario y propenso a lo ácrata. Si seré juzgado por lo contrario, acepto las críticas. Confieso que hay cierta e inaudita esperanza en mí también a partir de lo vivido a finales del año pasado. Gracias a esta esperanza he podido consolidarme en mis aspiraciones políticas, en lo que deseo para mí, para los míos, hoy y mañana. Cada tema aquí expuesto, por supuesto, tendrá la necesidad de un pliegue posterior. Al final, estoy satisfecho porque fueron la inspiración y la meditación los que consolidaron este trabajo.

Este miedo se aleja más, pero vuelve si me distraigo. La esperanza llega cargada de futuro, como una poesía fundamental o una brisa marina. Soy parte de las generaciones que no serán perdonadas por el silencio, que no serán perdonadas por la quietud y el mutismo. Estamos de frente a la eternidad, y es un crimen no seguir adelante. •

Demian Ernesto Pavón Hernández cursa la maestría en Estudios Políticos y Sociales de la UNAM, es ganador en la categoría de ensayo.

Tempestades

LESLIE LIZET HERNÁNDEZ CONDE

Ayer soñé que existía
—pero me despertó el golpe
 súbdito de la mano que rapta y repta
 con voz cicuta del gobernante
de palabras viperinas que dicen mucho,
 esconden todo y hacen poco. Los líderes.—

Hoy vi que no era otra cosa que espacio
 en una masa sin rostro que lleva por nombre pueblo
 y que tiene una voz que grita muda al silencio
de sus oídos sordos;
 que se bañan en agua de lluvia de palabras evaporadas,
sucumbidas ante la llama que las eleva al cielo
 para ser nube y disiparse en el celaje...

Porque una vez apagado el fuego
 corre sólo agua, que no cristalina, tizna a su paso la promesa
y se dirige, cedido alto peaje,
 al mar, solo quedo.

Ahí donde el niño dibuja barcos en silencio.
 Se ciernen entre maremotos navíos de papel.
¡Entras tú!, ola de corriente salvaje
 ¿y no ves que ya soy sólo río?,
arroyo, regato carnal que se oculta y desvanece lentamente
 en alimento de peces hambrientos
¿Y tú? Gobierno que diriges las crestas,
 carcomes también de espuma alazana,
 las piedras que olvidó la vida, tu justicia rala.

Allí, dibujada perece, caricatura de un sueño peregrino.

Mas aún queda la luz que se cuela por los ojos divinos
 —fulgor de puerto y arribo—
Y ya centinelas de sus propios destinos
 van con inherentes faros, los veleros bien armados
que dobló, desdobló, y continúa armando,
 —de ingenio inocente, fe, esperanza—,
 pueblo niño. •

Leslie Lizet Hernández Conde es estudiante de la carrera de Letras Hispánicas de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, ganadora en la categoría de poesía.

